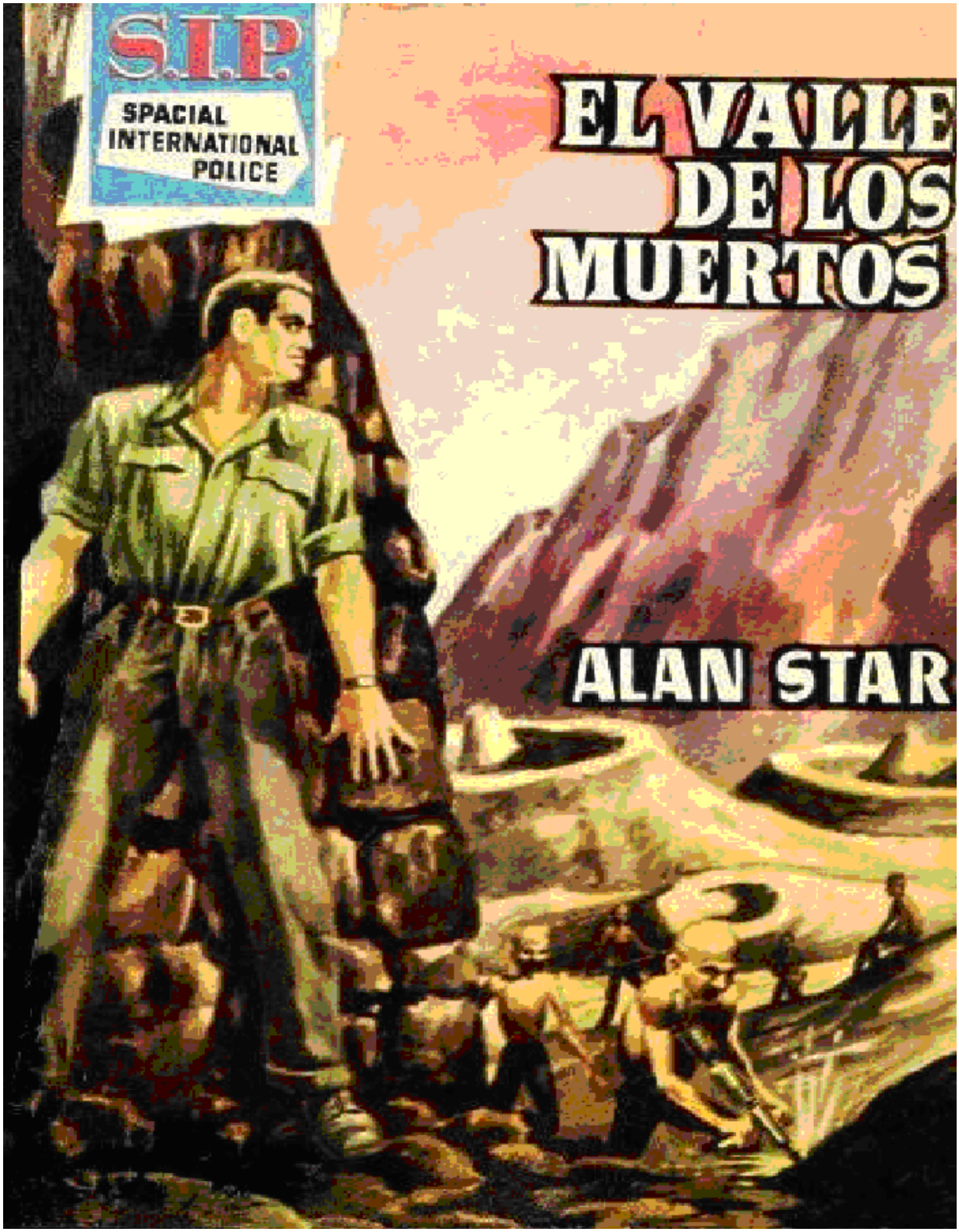
El valle de los muertos

ALAN STAR



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

P R Ó L O G O

Wellel, el jefe de los guardianes de la prisión de Sing-Sing, descendió en el ascensor blindado, acompañado por media docena de agentes armados con rifles de proyectiles narcóticos y paralizantes. El ascensor, al moverse en el interior de la caja, mientras descendía al décimo y último sótano, produjo un suave siseo.

Una vez abajo las puertas se abrieron mecánicamente y los hombres, precedidos por Wellel, avanzaron por el amplio pasillo que conducía hacia una puerta, situada al fondo.

Allí había una única celda: la de los condenados a muerte.

El jefe de los guardianes se detuvo ante la puerta y maniobró el pivote de la cerradura que, como el de las cajas fuertes, poseía un mecanismo electrónico ligado a una serie de cifras.

-Tres..., cero..., ocho... -fue musitando Wellel, al tiempo que marcaba.

Un «clic» suave y la puerta, rodando sobre sus correderas, se abrió, escamoteándose a la derecha.

Los hombres aprestaron las armas.

Pero nada sucedió.

El interior, profusamente iluminado, dejaba ver una mesa central, empotrada en el suelo, así como los asientos y, en el fondo, una hilera de literas metálicas, dotadas de colchón, sábana y manta de «tirlón», sustancia sólida, pero que se desgarraba al menor intento de fuerza.

Así se evitaban los suicidios.

Por la misma causa, muebles y literas estaban revestidos, en sus superficies exteriores, por una gruesa capa almohadillada, impidiendo totalmente que nadie pudiese herirse al golpearse voluntariamente con ellas. Igual ocurría en la totalidad del revestimiento interno de la celda.

Había dos hombres sentados ante la mesa, jugando a los naipes. Otros tres, indolentemente echados en las literas, se movieron apenas, torciendo los rostros con desprecio hacia la puerta que acababa de abrirse.

Siempre seguido por los agentes, Wellel penetró en la celda.

Hubo un silencio elocuente, ya que los condenados sabían el motivo de aquella visita. Por su parte, Wellel, a pesar de la costumbre que tenía, no podía habituarse a aquella misión macabra.

Por eso se mordió los labios, esperando encontrar las palabras que, por otra parte, se sabía de memoria.

Uno de los hombres, de los dos que estaban sentados a la mesa, torció el gesto, entreabriendo los labios con una sonrisa repleta de desprecio. Todo en él respiraba crueldad. Y cada detalle de su expresión era una muestra de la dureza que debía latir en su corazón corrompido.

-¿Te haces viejo, eh, Wellel?

El hombre se sobresaltó, mirando al condenado mientras fruncía el entrecejo.

-¿Qué quieres decir, Hummel?

-Lo que oyes. ¿Es que te da vergüenza de decir lo que vienes a contarnos?

-Yo...

-¡Calla, perro asqueroso! No hace falta que empieces con tus frases de siempre, con esas idioteces que has debido repetir cientos de veces. ¿No es verdad, muchachos?

Los otros asintieron y él prosiguió:

-Vienes a decirnos que debemos pasar la noche en la «jaula». Y que, al amanecer, vendrás a buscarnos para llevarnos a la cámara electrónica. ¿Para qué tantos rodeos, viejo estúpido? ¿Crees que vamos a ponernos a llorar como mujerzuelas? Sabemos lo que nos espera y queremos morir como hombres. Sabes que podemos hacerlo, sobre todo con la satisfacción de saber que ocho polizontes nos precedieron.

Wellel se estremeció.

-¡Eres un monstruo, Hummel!

Pat Hummel soltó una carcajada.

-¿Un monstruo? -rió-. ¡Eso quisiera ser! Un monstruo para empezar a devoraros ahora mismo. ¡Con la alegría que me llevaría todavía, antes de morir, media docena de policías por delante!

Sin poderlo evitar, los agentes echaron un poco atrás, preparando sus armas.

-¡Miradlos! -rió Pat, dirigiéndose a sus compañeros y señalando a los policías-. Nos saben desarmados y todavía tiemblan... No temáis nada, hijitos. Pat y sus muchachos, por desgracia, no tienen una buena pistola en la mano.

-Basta de charla -intervino Wellel-. Debéis salir.

-¿Y si no lo hiciésemos?

-Sería igual. Os dormiríamos con unos disparos anestésicos y os llevaríamos nosotros.

-No estaría mal. ¿verdad? Hacer que trabajen estos vagos, que para eso cobran del Estado -torció el gesto-. Aunque después serían capaces de ir diciendo que hemos tenido miedo. ¡Vamos, chicos!

Los otros se levantaron, al unísono.

Ésa era, precisamente, una de las cosas asombrosas en la conducta de aquellos bandidos. Seguían obedeciendo a su jefe, aunque ya sabían que ahora no podía dirigirlos más que hacia la muerte.

Pero siempre había sido así.

Desde que se constituyó, tres años antes, la banda de Pat Hummel demostró poseer una audacia inaudita. Los golpes eran matemáticamente estudiados, no olvidando detalle alguno y sin que esto significase que Pat se preocupase por los imponderables. Cuando éstos aparecían, los «gangsters» los resolvían de la manera más expeditiva y segura: a tiros.

Así, en aquellos tres años, Pat y los suyos habían dejado un reguero de sangre tras ellos. Dos veces consecutivas, como se supo después, los bandidos habían huido a Marte, escapando en última instancia, cuando la policía consideraba como realidad su captura. Por eso, después de muchísimos intentos por acabar con aquellos asesinos, la Spacial International Police intervino.

Y con ella su jefe Donald Callowan.

Donald Callowan era mucho más que un policía. Y, al mismo tiempo no era, para decir verdad, más que un hombre. Pero sus métodos de trabajo, que se enseñaban en la Escuela Central de Washington, habían producido varias «hornadas» de agentes

especiales que, por todo el mundo y en los planetas conquistados, vigilaban estrictamente el camino de la ley.

Los triunfos de Callowan eran hijos de su especial manera de ver las cosas. Para él un hombre que no hubiese matado, aunque hubiera delinquido de cualquier otra forma, era siempre «recuperable». Y todos los esfuerzos eran pocos para salvarlo.

Pero cuando un hombre desprecia la vida de otro, cuando su mano no se detiene y quita la vida a un semejante, ya no puede hacerse, salvo en contadísimas circunstancias, nada por él. Se ha convertido, de golpe, en una fiera, en un ser indigno de formar parte de una sociedad civilizada.

En cuanto a los problemas que su profesión le planteaba, Donald los veía de una manera especial, poniéndose siempre en el sitio del delincuente, haciendo lo imposible «por meterse en su piel» y pensar como él. Cuando lo conseguía, el criminal podía dar sus horas de libertad por contadas. Y la mayoría de las veces no era solamente la libertad, sino la vida la que se iba para el asesino.

Los «cepos», las «trampas» de Callowan eran lo que le habían hecho famoso. Ocultando bajo su aparente bonachonería un valor extraordinario, Donald solía intervenir personalmente en los asuntos difíciles, con un arrojo sin límites, haciendo, la casi totalidad de las veces, que los culpables cayesen en sus propias artimañas, cuando todo parecía irles a las mil maravillas.

Mientras los bandidos se ponían en pie, obedientes a la orden que Pat acababa de darles, Wellel pensó en la magnífica manera de que se había servido Callowan para cazarlos; aunque, por desgracia, cinco policías habían caído en la refriega.

Pat. y los otros salieron de la celda de los condenados a muerte, encuadrados por los agentes que los vigilaban constantemente. Precediéndolos, el viejo guardián penetró en el ascensor. Luego la caja metálica salvó cuatro pisos, todos ellos subterráneos, deteniéndose allí. Los hombres salieron, avanzando por un amplio pasillo que desembocaba en una especie de glorieta donde, ocupando la parte central, había una construcción, en plástico transparente, que todo el mundo conocía como la «jaula».

Allí debían pasar la última noche los condenados, vigilados desde fuera, antes de ser conducidos a la cámara electrónica.

A pesar de su frágil apariencia, las paredes de la «jaula» estaban construidas a prueba de golpes y nadie hubiera podido romperlas; pero, su característica más importante era la elasticidad, de modo que, si alguien desde dentro intentaba suicidarse lanzándose contra la pared transparente, ésta cedía, como si hubiera sido de goma, haciendo inútil todos los esfuerzos del presunto suicida.

Wellel abrió la puerta y los bandidos penetraron, sentándose en el suelo, ya que no había mueble alguno. Los guardianes se situaron, por pura fórmula, alrededor de la «jaula», ocupando unas sillas especialmente colocadas para ese menester.

Un reloj, en uno de los lados de la sala, marcaba las doce de la noche. Faltaban seis horas para que los condenados penetrasen en la «cámara electrónica».

* * *

El zumbido agradable del despertador hizo que Donald Callowan abriese los ojos, echando una ojeada a la. esfera del reloj.

Eran las cinco.

Sabía que en aquel preciso instante cinco hombres más se estaban despertando y que, dentro de pocos minutos, se reunirían en el «hall» de la Central de la SIP.

Se levantó y pasó a la ducha de donde salió vigorizado, como nuevo. Luego se vistió rápidamente y salió de la habitación que ocupaba en la Central, junto a su despacho, tomando el ascensor que le condujo, en pocos segundos, al vestíbulo.

Los otros estaban ya allí.

El agente femenino de guardia había encendido el bar y preparaba unos cafés para los hombres. Sentados en los altos taburetes, después de darse los buenos días, Donald y sus muchachos bebieron la infusión, dirigiéndose después al vehículo, un Chevrolet birreactor, que les esperaba a la puerta.

Donald. tomó el volante.

Eran las cinco y veinte de la mañana.

Quince minutos más tarde, penetraban por la puerta principal de la Penitenciaría y eran recibidos, una vez en el interior, por el director del establecimiento, Harold Cummings.

Estrechó la mano del jefe de la SIP.

-¡Encantado de verle por aquí, Callowan!

-Yo no lo estoy tanto - repuso Donald -, pero ya conoce mi costumbre.

Y cuando estuvieron en el despacho, ante una buena copa de coñac, el director de la prisión siguió el hilo de la frase que Callowan había dejado en el aire:

-Es una costumbre la suya que hemos comentado muchísimas veces, amigo mío.

-Sí. Y ya sé que hay muchos que no la aprueban.

Y ante el gesto de protesta de Harold, dijo:

-No, no tiene importancia, pero es curioso el que no pueda deshacerme de ella y de que la considere muy importante, desde todos los puntos de vista. Su origen se remonta a mi juventud. Ya saben que yo fui un muchacho desgraciado. Mis padres murieron cuando era muy pequeño. Así me vi trasladado desde un barrio bastante elegante a otro que confinaba con Harlem.

»Ya desde muy joven, me vi atraído por los uniformes de los policías, por la autoridad que emanaba de ellos, por las misiones peligrosas que llevaban a cabo. Estaba firmemente decidido a convertirme en un policía y eso fue lo que hice cuando tuve la edad reglamentaria.

»De todos modos, mucho antes, cuando apenas tenía quince años, asistí a un espectáculo que me impresionó muy profundamente. Un agente de policía en Harlem fue asesinado una noche. Lo mató una banda de jóvenes blancos y negros, sólo por el placer de buscar sensaciones morbosas: deseaban saber lo que se experimentaba matando a un «polizonte», como ellos decían.

»La policía trabajó más de tres semanas hasta saber quién había sido el que hundió el cuchillo en la espalda de su compañero. Entonces, ya pueden comprender ustedes cómo estaban los amigos del muerto, se reunieron en un lugar donde se había ocultado el culpable y allí mismo lo ejecutaron, de la misma manera que él había matado al policía.

Sonrió, con un asomo de tristeza.

-Ya sé que aquello no estaba bien y que los agentes debieron entregar al culpable a los jueces; pero, de todos modos, el asunto es muy discutible, ya que ellos estaban cegados por la rabia. Hay que decir también que el muerto dejaba esposa y cuatro hijos pequeños. -Hizo una pausa-: Aquella escena, que contemplé casualmente, me impresionó mucho. Desde entonces, siempre he querido que mis hombres, los que han participado a la captura de peligrosos criminales, asistan a la ejecución de éstos. Muchas veces, por desgracia, algunos de los agentes que intervenían en ciertos asuntos, no podían estar presentes al castigo ejemplar que se hacía a los culpables. -Su voz bajó de tono-. Habían caído, pero yo tenía la seguridad de que se hallasen donde fuese, sonreirían al comprobar que sus muertes no habían quedado sin venganza. Porque no es lo mismo morir al lado de la Ley que en su contra; sobre todo cuando la Ley está al lado de los hombres y no es instrumento particular de determinadas conveniencias.

Hizo una pausa y encendiendo un cigarrillo, añadió:

-Por eso mis hombres están aquí: todos ellos, los cinco, han intervenido en la captura de la banda de Hummel. Aquí están: Edward Loos, Fred Irwing, Charles Morton, Robert Bloom y Richard Ebert. Todos ellos colaboraron conmigo en la trampa donde había de caer la banda de Pat. Y todos ellos deben contemplar la muerte de los culpables, de modo a que estén seguros y al mismo tiempo satisfechos de no haber trabajado por nada, de no haber expuesto su vida por algo vacío de sentido, sino por el castigo de unos hombres que eran enemigos de toda la sociedad.

Echó una ojeada a su reloj de pulsera.

-Cuando usted quiera.

Abandonaron el cálido despacho, yendo por un largo pasillo hasta la caja del ascensor, que los llevó, en rápida trayectoria, al piso donde estaba situada la «cámara electrónica».

Desde hacía bastantes años, las leyes mundiales habían abandonado sus anticuados procedimientos de castigo a la última pena. Inglaterra fue la primera en no ahorcar a nadie, Alemania dejó enmohecer las hachas de los verdugos, Francia arrinconó las inservibles guillotinas y España retiró para siempre el garrote vil. Incluso, los Estados Unidos, desde la firma del tratado internacional, que aunaba todos los esfuerzos policíacos bajo el mando de la SIP, destrozó la vieja silla eléctrica y la cámara de gas, adaptando el procedimiento internacional de la «cámara electrónica».

Se quería matar, eso era verdad. Después de un estudio profundo de la criminalidad y de muchos ensayos en Institutos Psicológicos de Readaptación, tuvieron los legistas que rendirse a la evidencia de que la pena de muerte no podía ser abolida. Sólo el temor a la muerte puede, en determinados casos, detener la mano homicida. Una pena a perpetuidad no frena ningún impulso criminal.

La pena de muerte se hacía tener en cuenta.

Pero, a pesar de que lo que se perseguía era la muerte del reo, la ciencia, siempre en ayuda de los condenados, descubrió una manera de matarlos que, sin las dudas que la muerte puede plantear, demostraba hacerlo de una manera rápida y casi insensible para el que la sufría.

La «cámara electrónica» estaba basada en el funcionamiento del corazón. Sentado que los latidos siguen un régimen de excitaciones eléctricas, que corren por el complicado aparato de Ashoff-Tavara y el nódulo de Hiss, una especie de montaje electrónico que coordina los latidos cardíacos, los hombres de ciencia inventaron un procedimiento que, alterando, en un tiempo cortísimo, el funcionamiento de ese sistema, producía una muerte instantánea, por parada del corazón, anemia cerebral y todo lo demás.

Sólo era necesario, sin que el reo lo supiese, colocarle una camisola que llevaba en su parte posterior y en el lado izquierdo, una urdimbre metálica que atraía la radiación electrónica que la cámara producía.

Ciento ochenta minúsculos «reflectores» de ese tipo de ondas, colocados en la base de la cámara, una semiesfera de sustancia transparente, producían la muerte a cuantas personas fueran introducidas en su interior.

Naturalmente, el reo ignoraba que la invisible placa metálica que, su camisola llevaba en la espalda era el terrible imán que guiaba las radiaciones, dirigiéndolas fatalmente a su corazón.

El procedimiento había sido adoptado por todo el mundo, relegando al olvido todos los que se utilizaron hasta entonces.

Siguiendo al director de la penitenciaría, Donald y sus hombres penetraron en el interior de una amplia sala, cuyo centro estaba ocupado por una semiesfera en material transparente, completamente vacía.

¡La cámara electrónica!

Alguno de los agentes que acompañaban al jefe de la SIP, no pudieron evitar un estremecimiento; pero se recuperaron muy pronto.

Poco después, por una puerta lateral, Wellel, al frente de sus hombres, armados de rifles de proyectiles paralizantes -sólo la policía poseía esa clase de armas-, metieron a los condenados en la sala.

Pat, que iba a la cabeza, miró a los agentes de la Spacial International Police, dibujándose en su rostro una sonrisa de desprecio.

-¿Habéis escogido unas buenas localidades, eh? Sillones de pista...¡Perros!

Ninguno despegó los labios.

Todos los condenados llevaban su camisola parda, con la invisible red metálica en la espalda. Pero no lo sabían.

El viejo Wellel abrió la puerta de la cámara y se quedó a un lado.

Pero Pat, antes de entrar, miró fijamente a Donald.

-¿Sabes una cosa, Callowan? El jefe de la SIP no dijo nada, pero devolvió la mirada al bandido.

Pat aseguró:

-¡Volveremos, Donald! Ni siquiera esta máquina podrá hacernos desaparecer. ¡Volveremos y acabaremos con todos los que nos han condenado! ¡Incluso contigo, hijo de perra!

Intervino Wellel:

-¡Vamos!

-No creas que estoy loco, Callowan -dijo Pat, dirigiéndose hacia la entrada de la terrible cámara-. Acuérdate de lo que te he dicho. Ya verás que cumplo mi palabra. ¡Regresaremos y nuestra venganza te hará temblar!

Luego penetró en la cámara.

Sus amigos le siguieron y los hombres de la SIP, desde fuera, contemplaron a aquellos a los que no quedaban más que unos instantes de vida.

Los bandidos estaban en pie, todos juntos, mirando a su alrededor como bestias acorraladas, sin saber de dónde iba a surgir la muerte. Sus rostros, excepto el de Pat, estaban pálidos y sus frentes dejaban ver el sudor frío que las perlaba.

El director, que estaba sentado junto al cuadro de mandos, miró a Donald. Éste, captando la mirada de Harold, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

El director apretó un botón rojo.

Ningún ruido se oyó, nada de extraordinario se produjo, a no ser en el interior de la cámara. Golpeados, por las invisibles radiaciones electrónicas, que surgían de los ocultos «reactores», los cinco bandidos se desplomaron, sin vida, como si un rayo desconocido les hubiese golpeado.

Fue algo rápido, sin estridencias ni exageraciones: una operación sencilla y limpia.

Pat y su banda acababan de pagar sus crímenes.



CAPÍTULO PRIMERO



ICHARD EBERT había elegido la playa. Miami, en plena estación, ofrecía todos los encantos de un lugar apacible y, al mismo tiempo, repleto de atractivos.

El joven agente de la SIP estaba decidido a pasar los dos meses que le correspondían de permiso en aquel delicioso lugar. En aquellos momentos, después de nadar un rato, salió del agua y se dirigió hacia una deliciosa muchacha que le esperaba echada sobre la fina arena.

Ebert sabía que ninguna relación amorosa seria era permitida en el servicio. Los hombres de la Spacial International Police no pueden dejar atrás, cuando salen en misión, una familia, ni dejarse llevar por otras preocupaciones que no sean las del trabajo que se les ha encomendado.

Pero ¿quién es capaz de pasar dos meses en Miami sin la compañía y el aliciente de una presencia femenina?

Era natural que Richard hubiese ocultado su verdadera identidad a aquella jovencita En realidad, le había dicho que era un representante de comercio al que las ventas habían salido perfectamente bien, permitiéndole aquel paréntesis en su monótono trabajo. Y ella, que no buscaba más que divertirse, a su vez aceptó aquella explicación como hubiese recibido cualquier otra.

Él se acercó y se dejó caer a su lado.

-¡Debías haber venido conmigo, Betty! ¡El agua está deliciosa!

Ella le contempló, mirando su torso desnudo y quemado por el sol, sobre el que las gotas de agua, antes de fundirse en sinuosos riachuelos, brillaban como gemas.

-Estoy muy bien bajo el sol, Richard.

Se dejó caer el muchacho, junto a ella, cerrando los ojos y dejando que su cuerpo experimentase la deliciosa sensación de la paz después del violento ejercicio a que le había sometido. El sol penetró en su piel y su respiración se normalizó poco a poco.

-¿Eres feliz, Betty?

Ella miraba al mar, a la lejanía del horizonte líquido, más allá de los bañistas y nadadores, más lejos que la línea de canoas que llevaban detrás la silueta graciosa de alguien que practicaba el esquí acuático.

-Muy feliz, Richard -repuso, como en un susurro.

Él, sin abrir los ojos, experimentó una caída en su tono vital. Como si, de repente, la fría realidad de una vida excesivamente aventurera se presentase ante él, como nunca lo había hecho. Reflexionó, se complació en hacerlo, sobre su existencia y lo que para él podría representar y significar un hogar.

Entreabriendo los ojos, miró el contorno hermoso de la joven, la atrevida línea de su cuerpo joven, su rostro sereno, la humedad de su mirada. Todo aquello le removió profundamente y se preguntó si no estaba cometiendo una especie de sacrilegio, una traición hacia sí mismo, considerando a Betty como algo que fatalmente debería acabarse.

Si, después de las dos semanas que le quedaban, Betty, con muchas otras, serían relegadas a ese rincón indeciso de los recuerdos, donde se van cubriendo con una capa de polvo que el olvido amontona sobre ellos.

¿Era tan importante el SIP para olvidar la propia vida?

No dudó mucho.

La imagen de sus compañeros, el recuerdo de las emocionantes aventuras pasadas y, sobre todo aquello, la serena mirada de Callowan, inclinó la balanza con una seguridad indiscutible.

Y sonrió, considerando necias y vacías de sentido cuantas ideas había dejado, más por complacencia que por debilidad, pasar el umbral de su conciencia profesional.

-¿Dónde iremos esta noche, Betty? -inquirió, ya completamente despreocupado.

-Donde tú quieras, querido.

-¿Qué te parece «El Jardín»?

-¡Estupendo! Todavía no hemos estado allí.

-Iremos esta noche. Tomaremos una mesa cerca de la pista y después, cuando nos hayamos cansado de bailar, iremos por los paseos, hasta el lago. Es posible que nos bañemos allí a la .madrugada. ¿Sabes que hay equipos de pesca submarina y que los constructores de esa piscina la han llenado de peces fáciles de cazar?

-No lo sabía. Será delicioso.

Y después de una pausa:

-Richard...

-¿Qué, cariño?

-¿Debes irte... definitivamente, dentro de un par de semanas?

-Sí.

-¿No volveré a verte?

-¿Por qué no? En mis próximas vacaciones, volveremos juntos aquí o a otro lado.

-Comprendo.

Él notó el tono de su voz, comprendiendo a su vez las ideas que corrían por la mente de la muchacha.

-Vamos a almorzar, Betty, ya que no quieres bañarte.

-Como tú quieras.

Aquel día fue como otros, como otros muchos. Richard se daba cuenta de que ella se había hecho ciertas ilusiones, legítimas; pero, de todos modos, no pensaba ceder. Porque no podía hacerlo.

La velada en «El Jardín» constituyó un éxito completo que ninguno de los dos esperaba. Bailaron alegremente y olvidaron todas las preocupaciones que, sobre todo la muchacha, sentía con más intensidad cada vez.

Después de bailar, se alejaron hacia el lago y ella fue la primera, después de alquilar un equipo completo de pesca submarina, quien se lanzó al agua.

Él se quedó a la orilla oscura, con un cigarrillo en los labios.

Fue entonces cuando se acercó un botones.

-¿Señor Ebert?

-Sí.

-Le llaman por teléfono.

-Voy.

Echó una ojeada al lugar donde se había sumergido la muchacha, siguiendo al empleado que le llevó hasta la cabina. Como había que esperar, todos los aparatos estaban dotados de visófono.

La pantalla no estaba aún iluminada y el joven hubo de introducir la mitad de un dólar para obtener la comunicación visual; si hubiese deseado sólo la auditiva, no hubiese tenido que pagar nada.

La pantalla se fue iluminando lentamente, hasta que el rostro del comunicante apareció sobre ella.

Al verle, Richard se quedó sin habla, no dando crédito a sus ojos.

El otro sonrió.

-¿Sorprendido?

Y como el joven no contestase.

-Lo comprendo. Cualquier persona se sentiría molesta al ver el rostro de un hombre que ha visto morir hace unas semanas... seis semanas exactamente. ¿No es así, señor Ebert?

Las palabras se ahogaban en la garganta de Richard.

-Debe de ser una broma -dijo, como hablando consigo mismo y queriendo dominar el asombro.

-No es ninguna broma -repuso Pat Hummel, sonriendo cruelmente-. Me extraña que hayas olvidado lo que dije aquella madrugada, cuando íbamos a entrar en la cámara electrónica. ¿No has olvidado?

Richard gritó:

-No.

-Dije que volveríamos y que acabaríamos con todos vosotros: los perros que nos hicisteis caer en aquella trampa... Tú eres el primero, Ebert. Y va a ser Preston Pryor el encargado de enviarte al infierno... No, no pienses en nada de eso -dijo como si leyese las ideas de Richard-. Si dijeses algo a la policía local o a Callowan, te encerrarían en un manicomio. ¿Has visto a alguien que crea que unos hombres muertos pueden volver a saldar sus cuentas? ¡No seas idiota, Ebert! No puedes hacer nada por librarte. Mañana por la noche, a una hora que él mismo elegirá, Preston te dará tu pasaporte. Después irán los otros. Y lo malo de todo -su sonrisa tomó un aire demoníaco- es que vosotros no podréis regresar como lo hemos hecho nosotros.

Se oscureció bruscamente la pantalla, dando la comunicación por terminada.

Richard permaneció allí unos minutos más, un par, todavía influido por lo que acababa de ver y de escuchar. Le parecía imposible, le seguía pareciendo una especie de pesadilla, una alucinación juguetona que se hubiese complacido en burlarse de él.

Cuando, reaccionando, salió de la cabina, el aire fresco de la noche le hizo bien y lo respiró glotonamente, llenándose los pulmones con aquella brisa que mecía las hojas de los árboles que rodeaban el falso lago.

Caminó, de un modo algo mecánico, llegando a la orilla cuando Betty, que había conseguido pescar un hermoso pez, iba hacia él, después de recorrer casi toda la orilla.

-¡Eh, Richard! ¡Te he estado buscando! ¿Dónde te habías metido?

El joven logró, no con pocos esfuerzos, una sonrisa.

-Me llamaron por teléfono -dijo.

-¡Fíjate, cariño! ¡Fíjate qué pez! ¡Al menos pesa seis libras! ¿Qué te parece?

-Estupendo.

-¡Si hubieses visto lo que me costó cazarlo! Tuve que perseguirlo, por un paisaje maravilloso... Yo no sabía que ahí abajo habían colocado rocas artificiales con las más

fantásticas iluminaciones que puedas imaginarte. Azul, verde, rosa, rojo intenso... Vas nadando y atravesando zonas de mil colores distintos. ¡Es emocionante!

-Estoy seguro.

-¿Vamos ahora los dos juntos, Richard? ¡Seguro que cazaremos algo mayor!

-No, Betty. Perdóname, pero no tengo ninguna gana de sumergirme.

-¿Has recibido malas noticias?

Él afectó una sonrisa que le costó un imperio lograr.

-¡No, tontuela! La llamada no tenía importancia, pero deseo volver al hotel. No me encuentro en forma esta noche.

Ella frunció el entrecejo; pero, sonriendo al final, dijo:

-Como tú quieras. Voy a vestirme. Diez minutos más tarde, ella reaparecía, vestida, con una red donde había puesto el pez y luciendo una medalla que los organizadores le acababan da dar.

-¡Mira, cariño, me han condecorado!

-Lo merecías. Eres una chica muy valiente.

Fueron a la salida y subieron en el coche de él. Poco después, en la habitación del hotel, Richard, no pudiendo conciliar el sueño, encendió un cigarrillo y terminó por levantarse e irse a la ventana, desde donde contempló las calles iluminadas y, más allá, el mar, surcado ahora por muchísimos yates.

«Mañana por la noche te liquidará Preston».

Recordaba perfectamente a Preston Pryor, uno de los miembros de la banda, un delgaducho y de aspecto enfermizo que debía drogarse. Como todos ellos, Preston era un hombre cruel, sin escrúpulos y que parecía solamente gozar cuando mataba...

¿Qué hacer?

Indudablemente, su deber era el de comunicar con Callowan; pero, recordando las palabras de Pat, tuvo que admitir que el bandido tenía toda la razón: Donald se reiría de su agente, aconsejándole unas semanas de descanso en el sanatorio mental del Servicio...

¿Pat?

¿Pero es que no se daba cuenta de que aquel tipo del visófono no podía ser nunca Pat? Pat Hummel había muerto y él le había visto caer fulminado, como los otros, en el interior de la cámara electrónica.

Nadie había vuelto «del otro» lado y el tipo de la pantalla debía ser algún bromista que se había disfrazado y caracterizado como Pat... Y que debía estar riéndose, a su costa, en aquel momento.

Él mismo sonrió.

¿Cómo era posible que se hubiese dejado engañar de aquella manera? ¿Y quién podía ser el culpable de aquella broma estúpida?

Quizás un miembro de la banda, un segundón que no había sido capturado porque jamás formó parte de los golpes activos de Pat y sus muchachos.

Preocupado, no obstante, y acostumbrado a la disciplina del Servicio, marcó el número de pedidos, solicitando una. conferencia urgente con la Central de Washington.

Instantes más tarde, la voz cálida de su jefe sonaba en sus oídos, al mismo tiempo que su rostro aparecía en la pantalla.

-¿Qué tripa se te ha roto, muchacho? -inquirió Donald, con una sonrisa-. ¿Sabes que me has despertado?

-Perdone, señor. Pero esta tarde he recibido una llamada y he visto y oído a alguien que se parecía tremendamente a Pat Hummel.

Donald soltó una carcajada.

-¿Qué clase de «whisky» te sirven en Miami, Richard?

-No es broma, señor; es decir, si se trata de una, ha debido de ser pensada con toda la mala intención. Además, el tipo que me habló, si no era el mismo Pat, como es lógico, me dijo las mismas palabras de amenaza que el bandido nos dirigió antes de morir. ¿Cómo podía saberlo, señor?

-Muy fácilmente, chico: alguno de los guardianes lo ha repetido, impresionado por aquella baladronada estúpida y el comentario ha llegado a los oídos de ese «fantasma» que tú has visto.

-Perdone, señor. Ya sé que es una tontería, pero debía comunicárselo.

-Has hecho bien. Ya sabes que me gusta que me lo contéis todo... incluso lo que pensáis cuando estáis borrachos -sonrió-. Acuéstate, muchacho y procura soñar con cosas más amables. ¿Es que no hay ninguna muchacha por ahí? -inquirió, guiñando un ojo.

Ebert no pudo evitar de sonrojarse.

-¡Oh, sí! -repuso, todo ofuscado.

-¡Pues al ataque, entonces! Deja a los muertos en su sitio, que están muy bien allí. Y, si se trata de muertos como Pat y los suyos, recuerda que ya nos dieron bastante lata cuando vivían. Ahora, humildemente, pidamos que descansen... ¡y que nos dejen descansar! ¡Hasta pronto, Richard!

-¡Adiós, señor!

La pantalla se tornó opaca y Richard, con una sonrisa, se dejó caer en el lecho. Toda su intranquilidad había desaparecido. Ahora, que había comunicado a Callowan lo ocurrido, se daba cuenta de qué modo una serie de coincidencias pueden presionar sobre el sistema nervioso de un hombre, haciéndole perder la serenidad.

Poco después dormía a pierna suelta.

Ninguna pesadilla vino a turbar el curso de su tranquilo sueño. Podía decirse que, por el momento, había olvidado por completo el desagradable asunto de la llamada de aquella noche.

* * *

Durante todo el día siguiente, Richard lo pasó de la mejor manera posible, en una excursión que organizó con Betty, la que estuvo agradable en extremo con el muchacho.

Al atardecer regresaron a Miami y cenaron en un restaurante de primera categoría. Luego, al terminar, ya de noche, Ebert, sin poder evitarlo, experimentó la primera oleada de inseguridad.

Nunca supo Richard cómo se instaló en su cerebro aquel temor que fue creciendo hasta agigantarse de una manera extraordinaria, monstruosa. Lo cierto es que

fracasaron todos sus intentos para vencer la desagradable sensación de peligro que veía por todas partes.

Ni las palabras de Callowan, que recordaba como si las oyese en aquel momento, le sirvieron para nada. Eran mucho más fuertes las amenazas del hombre que, apropiándose de la identidad de Hummel, le había avisado de su muerte para aquella noche.

Se dijo interiormente todo lo que se le pasó por la imaginación: se trató de estúpido, de supersticioso, de crédulo en extremo. Intentó, bailando y riendo con su simpática compañera, alejar aquellas ideas pesimistas de su cerebro.

Pero no lo logró.

La intuición de un final trágico, la idea de un peligro que se iba acercando a él, desató sus nervios, llamando la atención de Betty.

-Te encuentro raro, querido. ¿Te ocurre algo?

-Nada.

Ella no insistió, pero siguió observando, cada vez más acusada, la angustia que se pintaba en el rostro del joven. Finalmente, Richard, sin poder más y no queriendo poner en peligro a Betty, dijo:

-Voy a irme a dar una vuelta, querida...

-¿Cómo? ¿Vas a dejarme?

-No será por mucho tiempo. Volveré dentro de una hora.

-Como quieras. ¿Te espero aquí?

-Sí.

Se alejó, bruscamente, sin besarla, con el entrecejo hondamente fruncido. Una vez en la calle, empezó a deambular sin rumbo, intentando serenarse de cualquier forma.

Se daba cuenta de que estaba haciendo el ridículo, siguiendo el juego al estúpido bromista de la noche anterior. Todo aquello era imposible y no podía caber más que en la cabeza de un desquiciado, de un loco como él...

Porque ese era lo que le estaba pasando: estaba perdiendo la razón, dando pábulo a una situación tan ridícula como estrambótica.

Rió fuerte.

Alarmado, miró a su alrededor, temeroso de que alguien le hubiese visto obrar de aquel modo. Pero la calle que recorría ahora estaba completamente desierta y muy pobremente iluminada.

-¡Soy un estúpido! -se dijo en voz alta.

Momentos después, fue cuando sintió el acerado filo del cuchillo en la espalda, al mismo tiempo que una mano le cogía por el brazo izquierdo.

-¡Quieto, polizonte!

No fue necesario que volviese la cara para ver el rostro del otro. Su voz le era suficientemente conocida para hacer obvio cualquier otro gesto de reconocimiento.

¡Preston Pryor!

Se estremeció de pies a cabeza, no por el peligro que evidentemente corría, sino por el horror de estar junto a... un muerto.

Como si hubiese adivinado sus ideas, el otro dijo:

-No huelo mal, Ebert, no temas... todavía no me he corrompido.

-Pero...

-¿Para qué explicarte nada? No lo entenderías. Vosotros nos mandasteis a la muerte... y nosotros hemos regresado del otro lado. Tú, perro, no tendrás la misma suerte... ¡Te quedarás allí para siempre!

Y hundió el cuchillo en el corazón del joven agente.

CAPÍTULO II



OBERT BLOOM experimentó un extraño placer al pensar en lo que le esperaba aquella noche. Acababa de terminar estupendamente el asunto que la SIP le había encargado en el astropuerto de Marte, un caso de contrabando nada difícil, pero aparentemente enrevesado, y deseaba hacer algo que sólo se podía hacer allí, en Marte; es decir, en un barrio de New City, la populosa ciudad marciana.

¡Jugar!

Si, eso era... ni más ni menos. Jugar: una cosa que no podía hacerse en la Tierra, donde todos los juegos habían sido suprimidos por la Comisión Mundial de las Costumbres.

En realidad, Robert no veía mal que los juegos se hubiesen prohibido por doquier. Como agente de la Spacial International Police, sabía, mejor que muchos, la delincuencia específica salida de los antros donde se cultivaba el azar. Pero Bloom no podía evitar aquel gusto que experimentaba al tener las cartas en la mano, aunque no fuese más que para ganar el importe de un simple vaso de «whisky».

Claro que en New City no se jugaba un solo vaso, sino que los billetes de a cien dólares solían amontonarse sobre los tapetes verdes de las escondidas casas de juego.

No era tampoco fácil lograr ingresar en una de aquellas partidas, que se preparaban cuidadosamente, con bastante antelación. Pero Robert, que no era la primera vez que tomaba parte, logró, merced a una buena propina, conseguir que el «barman» del hotel donde se hospedaba, en riguroso incógnito, le llamase a su habitación poco antes de caer la noche.

-¡Ya lo tengo, señor Bloom!

-¿De verdad?

-Sí. Y no crea que ha sido fácil. Casi todos los grupos estaban ya comprometidos, pero había uno nuevo que se ha prestado a admitirle.

-¡Formidable, amigo mío!

El «barman» dijo:

-Deberá ir esta noche, a las once, a Star Street. ¿Sabe dónde se encuentra?

-Sí.

-Allí, hacia el medio de la calle, encontrará un local que se llama el Caballo Rojo. Entre, pida una bebida al «barman» y dígale que es uno de los nuevos. Él le indicará el camino.

-¡Estupendo! No sabes cuánto te le agradezco.

-No tiene importancia, señor. Lleve dinero, parece que hoy se jugará fuerte.

-Lo haré.

Colgó. Se duchó y se preparó para la partida. Naturalmente, tuvo que decidirse a dejar su pistola en el armario, seguro de que no le dejarían entrar en la sala de juego con su artillería. Se puso un traje oscuro y metió en su cartera los dos mil dólares que había reunido esperando una ocasión como aquélla.

Después de cenar y sin poder contener su impaciencia, vagó por las calles, contemplando el ir y venir de la gente. Estaba contento y satisfecho del trabajo que había hecho para el Servicio y, en el fondo, deseaba volver a la Tierra, a Washington, dispuesto a empezar de nuevo, a partir, donde fuese para cumplir una nueva misión.

Nunca había confesado a sus amigos aquel pequeño vicio que, de vez en cuando, no podía contener, pero sabía que no era nada tremendo, ya que pasaba mucho tiempo sin coger una carta.

A la hora convenida y después de lanzar su cigarrillo, consumido a medias, al arroyo, penetró en el local que el «barman» le había indicado. Era un sitio nuevo y que no había conocido en sus viajes anteriores. La sala estaba llena de un público heterogéneo y el humo formaba una especie de densa nube sobre las cabezas.

Atravesó la sala, pasando por el estrecho paso que dejaban las mesas entre sí. Luego, deteniéndose ante el mostrador, pidió un «whisky». Fue al pagar cuando dijo: -Soy nuevo...

El «barman» le miró con atención, asintiendo después con un gesto de cabeza.

-Espere un momento. ¿Quiere otro «whisky»?

Robert asintió:

-¿Por qué no?

Se lo sirvió el «barman», desapareciendo unos instantes. Poco después reaparecía y llamaba al joven con un gesto.

-Venga por aquí.

La puerta pequeña por la que pasaron desembocaba en un pasillo en cuyo final encontraron una escalera húmeda que se hundía hacia los sótanos de la casa. Una vez abajo, Robert vio que se encontraba en una especie de bodega abandonada. Una puerta entreabierta, a la izquierda, dejaba salir un chorro de luz.

-Es allí.

Desapareció el «barman» y el joven avanzó hacia la puerta, golpeando en ella discretamente.

-¡Adelante!

Entró y vio que en la mesa, donde ya se jugaba, quizá pequeñas partidas sin importancia, había cuatro hombres y que todos ellos llevaban grandes gafas negras.

Sonrió al recordar que se solía asistir de aquella forma en los locales donde no interesaba que le conociesen a uno.

A él no le importaba.

Se sentó en la silla vacía, sin decir una sola palabra más. Uno de ellos, el que tenía enfrente, sacó un mazo nuevo de naipes, cuya envoltura desgarró rápidamente.

Todas las demás cartas fueron retiradas y pronto el hombre, que barajaba con una habilidad indiscutible, repartió la primera baza.

Robert perdió dos veces consecutivas. Después empezó a ganar sin interrupción. A las dos horas de estar allí, en aquel ambiente cada vez más caldeado, llevaba ganados más de cinco mil dólares.

Se sintió satisfecho.

Pero la suerte pareció abandonarle después y el dinero huyó de sus manos con la misma facilidad con que había llegado.

No pudo hacer nada para evitar aquella mala racha y terminó por quedarse sin un solo centavo a su lado.

Encendió un cigarrillo, mirando a sus adversarios.

No lamentaba el haber perdido, puesto que había pasado un rato agradable y, por otro lado, aquel fracaso le curaría, durante mucho tiempo, de su afición a los naipes.

-No tengo más dinero, señores -dijo.

El hombre que tenía enfrente y que era el único que había hablado desde que la partida comenzó, levantó la cabeza, mirando al joven a través de sus gafas oscuras.

-Eso no tiene importancia, señor Bloom. Podemos jugar bajo palabra.

-¿Cómo conoce mi nombre?

-Eso no importa ahora. ¿No le parece?

-Todo lo contrario. Yo no he sido presentado a ninguno de ustedes y deseo saber cómo conocen mi nombre.

El hombre sonrió.

-Fuimos presentados, amigo mío, hace mucho tiempo. Nosotros no lo hemos olvidado. Usted, por lo visto, sí.

-¿Dónde les conocí?

-En bastantes sitios; pero, cuando nos despedimos, fue en un lugar que, digámoslo, no era nada alegre. Nosotros íbamos a partir para un largo viaje... un viaje muy largo. Usted estaba en... «la estación», llamémosla así, junto con otros amigos.

-No recuerdo nada.

-En seguida irá haciendo memoria. Sólo con enumerarle a los hombres que estaban a su lado, recordará; puede estar seguro de ello.

-Si usted lo dice...

-Ya verá. A su lado, en aquella memorable ocasión, estaban, además del señor Callowan, Edward Loos, Fred Irwing, Charles Morton y Richard Ebert.

Robert frunció el entrecejo. ¿Cómo sabía aquel desconocido los nombres de sus compañeros y del jefe de la SIP? ¿Cuándo habían estado juntos?

-¿No recuerda aún? -instó el hombre-. Tendré que agregar algunos datos, como hacen en los concursos de Televisión. Veamos... sirviéndonos de metáforas, le haré un cuadro de aquella interesante escena. El «navío» que esperaba a mis compañeros y a mí estaba allí, brillante, como una nave espacial de un tipo atrevido. Ustedes estaban a la derecha... había otros hombres, pero no jugaban ningún papel importante. Sólo uno, «el jefe de tráfico», perdone esta otra metáfora, era el importante, ya que él, momentos más tarde, daba la señal de partida... ¿Será necesario que le diga el nombre de aquel «jefe de tráfico»?

Robert asintió, intranquilo.

No llegaba a comprender lo que se proponían aquellos hombres. Y, por un momento, se estremeció creyendo que había estado jugando con algunos agentes de la

Spacial International Police, que iban a darle un disgusto al comunicar a Callowan que había estado jugando.

No, era imposible.

No podía tener tan mala suerte.

-Está bien, amigo mío -dijo el hombre, después de un momento de silencio-: el nombre de aquel hombre era Harold Wellel.

-¿El de Sing-Sing? -se asombró el joven.

Y como el otro asintiese con la cabeza.

-Entonces... ¿quiénes son ustedes?

Uno a uno, los hombres fueron arrancando el antifaz de sus gafas oscuras de sus rostros: uno a uno, con lentitud premeditada, dejando que Robert pudiese irlos contemplando, uno tras otro, experimentando una impresión tremenda.

Porque, para él... ¡todos aquellos hombres estaban muertos! ¡Los había visto morir él, caer fulminados en el interior de la cámara electrónica!

Allí estaba Oly Hyland, con su mirada penetrante; William Reynolds, con aquel gesto de hombre que lo sabía todo: también estaba allí James Smith, con sus brazos de estrangulador, sus brazos velludos y los músculos que sobresalían bajo la piel oscura.

Y, finalmente...

¡Allí estaba Pat Hummel, el jefe de la banda más tristemente célebre que habla existido, el hombre que gozaba dejando detrás de cada acción los cadáveres de unas cuantas víctimas inocentes!

Robert se frotó los ojos, como si esperase que todo aquello desapareciese, no pudiendo ser más que una ilusión, una estúpida broma de sus sentidos, un efecto de la fatiga de aquellas horas de juego, un espejismo producido por el ambiente caldeado de la estancia.

-No somos fantasmas, Bloom -dijo Pat, con aquella voz suya que el joven no había olvidado-. Prometimos volver de la muerte y aquí estamos.

Robert exclamó:

-¡No puede ser posible!

-Ya lo estás viendo.

Una sorda cólera se apoderó de Robert.

-¡Alguien debió boicotear la cámara electrónica!

Pat sonrió.

-¡No seas estúpido! ¡Parece mentira que seas tú quien diga eso! ¿Tan pronto has perdido la memoria?

Bloom no dijo nada.

-Debías recordarlo mejor que nosotros, ya que lo que pasó después no pudo llegar a nosotros... porque ya estábamos muertos; pero, de todos modos, sabemos que cuando un condenado sale de la cámara electrónica, un médico de la prisión comprueba que está completamente muerto. ¿No es así?

-Sí.

-¿Y has olvidado que eso se hizo también con nosotros? ¿O es que no tuviste el valor suficiente para acercarte a nuestros cadáveres?

Robert tragó saliva, con visible dificultad.

Sí -dijo, después de una corta pausa-. Estuve presente y firmé, como testigo, el documento oficial de vuestra muerte.

-¿Entonces?

La frente del agente de la SIP estaba cubierta de un sudor helado, glacial.

Las ideas danzaban locamente en su cerebro.

Era completamente imposible que aquello fuese una realidad. Algo horrible, inconcebible, debía haberse producido. Algo espantoso, pues no podía serlo más el que unos hombres, que habían muerto unas semanas antes, estuviesen ahora delante de él, hablándole, recordándole las palabras que Pat habla pronunciado un poco antes de entrar en la cámara de la muerte...

-Richard Ebert -dijo Pat, rompiendo el silencio que se había hecho -ha muerto; es decir, Preston Pryor le ha hecho pagar con la vida el habernos enviado a la cámara electrónica. -Y como el joven no dijese nada-: Ya comprenderás que ahora te toca a ti: uno a uno, todos los hombres que fueron a vernos morir y que son culpables de nuestra condena, irán cayendo, sin que ninguno pueda librarse de nuestra justicia -sonrió-, una justicia sagrada, puesto que viene de los muertos.

»Pero tú vas a tener una probabilidad de salvarte y de ir, corriendo, a contar a ese cerdo de Callowan lo que has visto y oído. Hay algo en ti que me gusta y que, por otra parte, me ha permitido cazarte: tu amor por el juego. Ya no te queda un solo centavo para seguir jugando; pero, de todos modos, haremos, tú y yo, una última partida, en la que apostarás, contra los dos mil dólares que has perdido, algo fundamental para ti: tu vida.

Robert seguía bajo la penosa impresión de ser víctima de una alucinación, de algo que escapaba a toda lógica.

Pat barajó los naipes.

Con una mano mecánica, como la de un robot, Robert cogió las cartas, viendo que le había correspondido una doble pareja de valets y reyes.

-¿Descarte?

Bloom, sin poder reaccionar, ya que se encontraba bajo el influjo de aquella inverosímil situación, abandonó la carta neutra y la pareja de valets, pensando ligar algo más importante.

Pat le entregó las tres cartas que le faltaban y Robert tardó un poco en volverlas, manteniéndolas entre los dedos, que temblaban agitadamente.

Terminó volviéndolas.

No había ligado nada.

Levantó la mirada, clavándola en los ojos crueles de Pat.

Fue entonces cuando notó que Smith no estaba en su silla. Adivinó, sin ninguna clase de esfuerzo, lo que iba a ocurrir. Intentó levantarse de la silla, dispuesto a defenderse y abrirse paso fuera como fuese. Pero era demasiado tarde. Las manos colosales de Smith se cerraron alrededor de su cuello y, en unos pocos segundos, las vértebras cervicales del desdichado agenta dejaron brotar un sonido que iba unido a su destrucción, fracturadas por los dedos de acero del bandido.

CAPÍTULO III



CALLOWAN tenía una expresión preocupada; en su frente, las arrugas se alineaban, paralelas y su entrecejo estaba profundamente fruncido, formando una extraña «H».

Todos los demás guardaban silencio. Durante un buen rato, sin mirar a los hombres que ocupaban sendos asientos en sus despachos, el jefe de la SIP, permaneció callado, como si fuera de sus preocupaciones no hubiese absolutamente nada.

Después, sus pupilas adquirieron un brillo intenso y se decidió a encender un cigarrillo; luego, levantando la mirada, anunció:

-Bloom y Ebert han muerto.

Y como los tres hombres no despegasen los labios prosiguió:

-Ebert me llamó, hace un par de días desde Miami. Su cadáver fue encontrado en una callejuela de la ciudad, apuñalado por la espalda. Ebert me habló de algo verdaderamente extraño. Alguien le había telefoneado y se sorprendió al ver el rostro de Pat en la pantalla del visófono.

-¿Pat Hummel? -inquirió Edward.

-Sí. A Richard, como es natural, le asombró aquella «aparición». A la noche siguiente, tal como le había anunciado el «fantasma», moría asesinado.

-¿Quién lo hizo?

-Si tenemos que creer lo que Richard me contó, el encargado de matarle fue Preston Pryor.

Hubo un corto silencio.

-En cuanto a Bloom -siguió diciendo Donald-, encontraron su. cuerpo en las afueras de New City, en Marte. Acaban de comunicármelo.

-¿Cómo murió?

-Estrangulado. La policía marciana nos ha enviado, por fotorradio, las huellas que encontraron en el cuello de Robert. Acaban de revisarlas los técnicos: son las de los dedos de James Smith. Sin duda alguna.

Había una luz de extrañeza y no poca duda en los ojos de los muchachos.

-Ya comprendo lo que estáis pensando. Todos nosotros vimos morir a Pat y su banda. Y estuvimos presentes cuando el médico de Sing-Sing procedió a certificar la defunción de todos y cada uno de ellos. Justamente, dentro de unos minutos, el médico llegará y podremos charlar un poco con él.

-Nosotros -dijo, después de una nueva pausa- no poseemos los conocimientos médicos necesarios para poder formular una hipótesis, la más lógica que puede venirnos a la cabeza después de lo ocurrido.

-¿Cuál? -inquirió Morton.

-La que justifique lo acontecido: que ninguno de los bandidos murió -repuso Callowan.

Momentos después, sin que el silencio se hubiese vuelto a romper, le fue anunciada a Donald la llegada del médico. Y cuando el hombre, el doctor Colman,

estuvo sentado junto a ellos, después de los saludos de ritual, el jefe de la SIP se lanzó al ataque.

-Doctor, ¿es posible salir con vida de la cámara electrónica?

El médico arqueó las cejas.

-No -repuso, tras una corta pausa-; eso es completamente imposible.

-¿Sin excepción?

-Sin excepción, señor Callowan.

-¿No ha habido caso alguno en que un reo, ya fuera de la cámara, estuviese todavía vivo?

-No conozco ningún caso. Y no hablo de mi propia experiencia, llevo, como usted sabe, quince años en la penitenciaría. Nunca ha ocurrido nada semejante ni jamás oí que hubiese ocurrido desde que se inventó la cámara electrónica. Yo no quiero explayarme en explicaciones que se harían fastidiosas; baste decir que la corriente electrónica, enviada en un denso tren de ondas, altera la marcha del mecanismo bioeléctrico del corazón, produciendo la parada definitiva del mismo y, por ende, la muerte del organismo.

-Todo eso es muy lógico, doctor. En cuanto a la máquina misma, ¿no puede preducirse una falla?

-Todo es posible, amigo mío, aunque altamente improbable. Por eso, después de la ejecución, compruebo la muerte de los condenados.

Callowan dijo:

-Ya comprendo. Y en el caso de Pat y su banda, ¿está usted seguro de que habían muerto?

Colman enrojeció.

-No puedo comprender cómo puede usted dudar de mí, señor. Un médico puede equivocarse en la apreciación de un diagnóstico: nunca en un caso de muerte.

-¿Y la catalepsia?

El médico sonrió.

-Ya esperaba esa pregunta, señor Callowan. Pero no es válida en este caso. La catalepsia o muerte aparente, y digo bien «aparente», sólo se produce en contadísimos casos, en sujetos aptos para ello y no es nunca una muerte completa. Se limitan, hasta parecer imperceptibles, los movimientos respiratorios y los latidos del corazón. Existe, además, por carencia de irrigación terminal, una frialdad que puede equivocar a los que no hacen un examen profundo del paciente. En el caso de Pat y su banda, señor Callowan, no podía haber duda alguna. Examiné cada cadáver durante cerca de diez minutos, como ustedes pudieron comprobar. Y aquellos cuerpos estaban muertos, rotunda y completamente muertos.

Donald sonrió.

-Nunca he dudado de usted, doctor. Comprenda que debe haber un motivo grave cuando le he citado aquí para formularle esas preguntas. ¿Qué se hace con los cadáveres de los condenados a muerte?

-Un coche, del cementerio local, viene en su busca.

-¿Se les entierra en seguida?

-Generalmente, sí. Salvo en las ocasiones en que el Instituto Anatómico pide los cuerpos para hacer autopsias.

-No fue ése el caso de Pat y los suyos, ¿verdad?

-No, creo que no.

-¿Lleva el cementerio nota de las entradas y de sus lugares de procedencia?

-Es evidente que sí.

-Vamos a comprobarlo.

Momentos después, el director del cementerio estaba al otro lado del hilo y su imagen reflejada en el visófono.

-Soy Callowan, de la Spacial International Police. ¿Puede decirme a grosso modo las entradas del día 15 y sus procedencias?

-En seguida, señor Callowan. Desapareció de la pantalla para reaparecer un poco después.

-Hay ochenta y dos entradas corrientes, de fallecidos en la ciudad, tres procedentes del Instituto anatómico, de tres víctimas de un accidente de aviación, a las que se les hizo necropsia. Eso es todo.

-¿No hay ninguna entrada de Sing-Sing? El hombre consultó nuevamente sus libros.

-Ninguna, señor Callowan.

Donald dijo:

-Muy agradecido.

-De nada.

Donald esperó que la pantalla se tornase opaca; luego, mirando al médico:

-Ya ve usted, doctor, que esos cinco cadáveres desaparecieron.

-¡No lo entiendo!

-Nosotros tampoco. Lo único que deseábamos saber era si esos cuerpos estaban muertos: usted afirma que sí y ya es bastante. Creo -añadió sonriendo- que ya le hemos molestado lo suficiente.

Colman se despidió de todos y cuando se hubo marchado, Donald dijo sonriendo:

-Es muy posible que alguien muy listo, o que se crea listo, esté jugando con nuestros nervios. La desaparición de los cadáveres ha podido permitir, a quien sea, una serie de maniobras que pueden haber conducido a la fabricación de máscaras, copiando los rasgos de los muertos y, desde luego, a utilizar la copia de las huellas dactilares en el caso de Bloom.

»Pero, a pesar de todo, hay algo que me extraña. La muerte de Ebert está dentro de una línea de venganza un tanto lógica; mas ¿por qué molestarse en ir a Marte para acabar con Bloom? Nos tenían a nosotros cuatro aquí y la eliminación de uno de nosotros hubiese sido más sencilla. No puedo explicarme lo de Marte. Si querían matar a Robert, no tenían que haberse molestado, ya que iba a regresar a la Tierra una vez terminado el pequeño trabajo que realizó allí.

-¿No cree que se trata de alguien de la banda a quien no dimos toda la importancia que tenía?

Donald miró a Irwing, que había sido quien hizo la pregunta.

-Conocemos bastante los manejos de Pat y los suyos; verdad que había algunos que jugaban un papel secundario y a los que nos hemos limitado a detener y soltar después, falta de pruebas verdaderamente graves. No, no puedo creer que ninguno de

esos hombres se atreva a empezar a matar agentes del Servicio. Saben a lo que se exponen y ya nos demostraron tener suficiente miedo cuando los detuvimos.

-¿Entonces?

-Hemos de considerar que no se trata aquí de una acción que beneficie a nadie. Por eso hay que descartar la idea de una nueva banda que estuviese dispuesta a seguir el camino de la de Pat. Aquí, lo queramos o no, hay una idea pura y simple de venganza; ahora bien: ¿quién puede jugarse así la vida para satisfacer, si es que podemos hablar de este modo, a un puñado de muertos?

-Sólo un loco lo haría -apuntó Loos.

-Pero los locos -repuso Donald- no son tan abundantes como la gente cree y, además, su locura no les permite este montaje fantasmal del que me habló el pobre Ebert.

-¿Tiene usted alguna idea, señor? - inquirió Loos.

-Una sola: Marte.

-¿Qué quiere usted decir?

-Que creo que la solución, en parte, debe de estar allí. Imaginémonos que Pat y los suyos no han muerto, que alguien fue a recoger los falsos cadáveres y que les hizo reaccionar hasta devolverlos a la vida. Después muere Ebert y Robert es asesinado en Marte. Si esa gente vive, van a pensar que los buscaremos con toda clase de medios. Por eso, creo, se han ido a Marte. También explica algo el que empezaran por matar a Richard en Miami, aprovechando el irse para terminar con el otro.

»Ellos saben que no vamos a parar ni un solo instante hasta encontrarlos. Toda la circulación astronáutica será vigilada y no podrán volver a la Tierra, voy a tomar las disposiciones necesarias para que se haga así. Por otro lado, Marte puede ofrecerles muchos sitios para ocultarse, sobre todo desde que se han ocupado nuevas áreas, en el interior del planeta y alejadas de las ciudades. La minería y los cultivos hidropónicos se han desarrollado de una manera portentosa y hay centenares de granjas en las partes más dispares del país.

»En una de ellas pueden permanecer con tranquilidad, ocultos e ignorados. No quiere decir eso que puedan permanecer mucho tiempo seguros, ya que vamos a televisar sus fotos y señas personales a todas esas granjas y centros mineros; pero pueden encontrar algún lugar y darnos trabajo hasta que los encontremos. Pero los hallaremos, de esto no podemos tener duda alguna.

-¿Hemos de ir a Marte?

-Sí; es decir, iréis vosotros antes, mientras yo resuelvo ciertos asuntos aquí. Pero iréis separados, de uno en uno. No quiero que sepan que estáis allí, y menos juntos.

»Vuestra misión se centrará en la búsqueda de esos tipos a los que, por el momento y por la fuerza de la lógica, y a pesar de lo que nos ha dicho el doctor Colman, hemos de considerar como vivos. No sabemos aún cómo se las arreglaron para escapar a la acción de la cámara electrónica; algún día lo sabremos.

»Considerándolos como vivos, tendremos mucho cuidado en creer en otras cosas. Sus cuerpos son aptos, como los nuestros, a las balas y a otros medios de ataque. Y tampoco tenemos que olvidar que ellos son capaces de manejar armas y que lo harán, ya los conocemos, con toda saña.

»Esto quiere decir que deseo que olvidéis que habéis visto morir a Pat y los demás granujas. Para nosotros, siguen vivos, idea que nos impedirá que otras raras, como debió ocurrir a nuestros dos compañeros muertos, se paseen por nuestra mente. Nada más.

Ellos comprendieron que Donald les había hablado de aquella clara manera para impedir muchas desagradables cosas si pensaban en los bandidos como unos hombres a los que habían creído ver morir.

Y eso era, precisamente, lo que ninguno de ellos deseaba recordar.

* * *

Harry aceptó el cigarrillo que le daba Oliver y después de encenderlo, dijo:

-Yo iré a la parte de control del astropuerto. Puedes ir a telefonear a tu novia. Oliver sonrió.

-Gracias, amigo. No tardaré mucho. Pero ya sabes que tengo que tranquilizarla.

-Yo no puedo juzgar sobre esas cosas; ya sabes que no tengo novia. ¡Anda, ve!

Se alejó Oliver y su compañero, que estaba en la caseta de vigilancia, echó una ojeada a la ventanilla desde donde dominaba el pasillo por el que tenían que pasar los viajeros de la astronave que, dentro de una hora, saldría para la Tierra. También desde allí y por la otra ventana, podía ver las pistas de cemento y las rampas de lanzamiento, muchas de ellas vacías esperando que los astrocohetes regresasen de cien sitios distintos.

Su mirada, momentos más tarde, fue atraída por la serie de fotos de gran tamaño que el oficial superior había clavado en la pared aquella misma mañana.

Harry miró aquellos rostros, preguntándose qué podían haber hecho aquellos individuos para ser señalados con tanta insistencia por la SIP. Había sido, en efecto, la Spacial International Police la que envió las fotos por radio, ordenando que se detuviese a cualquiera de aquellos tipos si intentaba tomar un navío del espacio.

Harry, que había soñado siempre en convertirse en un agente importante, dejó que su mente se regodease en una aventura que, estaba seguro, no se producirla nunca. Fuera de los asuntos baladíes de contrabando, jamás se había encontrado ante un bandido peligroso.

Sin separar la mirada de aquellas fotos, fue leyendo los nombres y mirando los rostros, uno a uno. Cuando llegó al de Pat Hummel, junto al que se decía que era el jefe de una peligrosa banda, no pudo evitar una sensación extraña al comprobar la dureza y crueldad de la mirada del gángster, al que podía atribuirse, sin necesidad de fantasear, todos los delitos conocidos. Parecía como si en aquel rostro se hubieran reunido todas las pasiones, todos los vicios, marcándolo de una manera indeleble.

Consultando su reloj, Harry vio que no faltaba más que un rato para que los viajeros empezasen a llegar. Y después de volver a repasar los retratos de los bandidos, procurando grabar sus rasgos en su memoria, se dirigió a la otra ventana, colocando el aparato óptico que le permitía ver el rostro de cada viajero, a medida que éstos se acercaban a la ventanilla donde su documentación era revisada.

El aparato, una cámara potente, estaba conectado, por televisión, con la ventanilla y en la pantalla se dibujaba el rostro del viajero con una claridad absoluta.

Estaba completamente seguro de que no iba a pasar absolutamente nada; pero, de todas formas, su mente no dejaba de forjar ideas curiosas, complaciendo a sus deseos más íntimos.

Repasó los mandos de la cámara, viendo que todo funcionaba bien, sobre todo el mecanismo que hacía fotografías en el momento en que él apretase un botón. Así, en caso de duda, quedaba la constancia de la imagen del sospechoso que, no siendo detenido, por la causa que fuese, en el astropuerto, podía serlo a bordo de la astronave, a cuyo comandante se enviaría la foto y demás características, si la policía comprobaba algo que convenía aclarar.

Tiró el cigarrillo y encendió otro. Fue entonces cuando el primer viajero llegó a la ventanilla.

Era, como Harry pudo ver en la pantalla, una hermosa mujer que le hizo sonreír, pensando en Oliver y en su novia. Llegó a la conclusión de que también él podía decidirse a buscar una novia y formar después un hogar. Si no lo había hecho antes, había sido porque no tenía ningún trabajo fijo; pero ahora, con el sueldo espléndido que cobraba en el astropuerto marciano, podía permitirse el lujo de empezar a orientar su vida como lo habían hecho los demás.

Los viajeros siguieron desfilando y la pantalla reflejó sus rostros, que nada se parecían a los de las fotos que el vigilante tenía detrás.

Pero de repente...

Al mismo tiempo que pulsaba el botón para que la cámara cinematográfica entrase en movimiento, Harry apretó otro mando, por el que hacía una señal al taquillero para que, por cualquier motivo, retuviese unos segundos más al hombre que tenía delante.

Volviéndose, miró hacia las fotos y luego a la pantalla, viendo que, a pesar del bigote que se había dejado, aquel hombre no era otro que un tal William Reynolds, que formaba parte de la banda de Pat.

Sacando la pistola, abandonó la caseta, maldiciendo a Oliver por lo que estaba tardando. Bajó la escalera metálica, que conducía al pasillo de acceso al aeropuerto y corrió hacia la entrada, dispuesto a detener a aquel hombre y llevarlo ante sus jefes.

El pasillo, ya cerca del «hall» donde estaban las taquillas, estaba ligeramente incurvado y aquello impidió a Harry ver que el bandido, que ya se había asomado un poco, se diese cuenta de todo.

Reynolds, en efecto, había encontrado extraño que el empleado de la taquilla le retuviese por una cosa sin importancia. Ya amoscado, se adelantó, justo en el momento en que el vigilante corría por el pasillo, con toda seguridad en su busca.

Williams no era un hombre que se arredrase por tan poco.

Sabiendo que la única salida, si daban la alarma, era seguir por el pasillo, llegar a las pistas y desaparecer por entre el intrincado sistema de rampas, muchas de ellas que ya no se utilizaban, no dudó ni un solo segundo. Y sacando a su vez su pistola, disparó, cuando Harry estaba ya muy cerca de él.

Herido de muerte, el vigilante cayó al suelo y su enemigo pasó por encima del cuerpo, corriendo a toda velocidad hacia la parte vieja de las pistas.

Momentos más tarde, antes de que empezase a sonar la alarma, ya estaba fuera del alcance de la policía.

Entre tanto, Harry agonizaba en brazos de Oliver, que acababa de llegar de las cabinas de visófono. Había hablado y visto a su novia, pero no se perdonaba el haber tardado más de la cuenta, ya que su retraso estaba costando la vida de su compañero.

-¡Era... uno de ellos, Oliver!

-¡Cálmate, muchacho!

Instantes después, Harry moría. Y aquella misma tarde, desde la estación de radio de Marte, un mensaje fue enviado a la SIP, comunicándola que un tal William Reynolds había sido impedido de salir del planeta, perdiendo en el empeño la vida un agente del astropuerto.

CAPÍTULO IV



E decidió Fred Irwing a penetrar en uno de los barrios obreros de New City.

Hacía una semana que los tres agentes de la SIP habían llegado a Marte, siguiendo las órdenes de Callowan. Las instrucciones del jefe les habían obligado a separarse, desde que llegaron, en la misma astronave, empezando cada uno las investigaciones por su cuenta.

Irwing había ido de un lado para otro, seguramente como sus compañeros, Intentando encontrar una pista de los bandidos. Convencido de que si estaban en la ciudad, se albergarían en los densos y complicados barrios obreros, dedicó su atención a éstos, recorriéndolos detenidamente, aun sabiendo que aquella investigación le iba a llevar muchísimo tiempo, ya que los barrios en cuestión eran extensísimos y poseían una topografía de lo más enrevesado.

Se detenía en los bares, junto a los grupos de gente que no hacía más que charlar de mil cosas distintas. Pero ninguna de aquellas conversaciones, aunque muchas contenían materia delictiva, le aportó esclarecimiento alguno sobre lo que realmente le interesaba.

Parecía como si Pat y los suyos hubiesen desaparecido en el aire.

Aquel día, después de almorzar en un local equívoco y nada limpio, se decidió a penetrar en la parte más intrincada del barrio que estaba recorriendo. Callejuelas estrechas, malolientes y desagradables, que le hicieron pensar en lo que habían sido los sueños de los arquitectos que, cuando se llegó a Marte, pensaron hacer ciudades modelo.

Verdad era que la parte nueva de la villa había sido construida de una forma formidable y que reunía, lo que ninguna ciudad de la Tierra poseía; pero, en contra de todos los deseos y debido a la llegada de millones de seres, atraídos por la aventura de aquello que creyeron un nuevo Eldorado, los barrios pobres se desarrollaron, como en cualquier ciudad terráquea, formando ese cinturón sucio de suburbios que parecía seguir al hombre allí donde sentase sus reales.

Era inconcebible para él que la gente pudiese vivir de aquel modo, habiendo abandonado, en la mayor parte de los casos, situaciones interesantes en la Tierra. Pero el espíritu humano es así y lo nuevo atrae con una irresistible fuerza, llenando las mentes de ilusiones que casi nunca se realizan.

Irwing encendió un cigarrillo, más por impedir que el penetrante hedor de hacinamiento le siguiese perturbando. A medida que penetraba en el núcleo del barrio, se percataba de que la miseria crecía, hasta llegar a límites inverosímiles.

Andaba por una de las callejuelas cuando oyó unos gritos lastimeros, en una de las puertas, donde un grupo de mujeres rodeaban a la que se condolía de aquella estridente manera.

Movido por una curiosidad puramente profesional, el joven se acercó, y como fuese incapaz de captar el sentido de los lamentos, tocó él hombro de una de las mujerucas, que se volvió, mirándole con desconfianza.

-Perdone, señora. ¿Qué ocurre?

Fue seguramente al oírse llamar «señora» cuando aquella mujer, sintiéndose halagada, sonrió, perdiendo la expresión de dureza que había en su rostro.

-¡Es una tragedia, caballero! María es otra que no puede enterrar a su marido.

El joven frunció el entrecejo; luego, comprendió el. sentido de las palabras de la mujer.

-Ya entiendo -repuso-. No tiene dinero para el entierro.

-¡Oh, no! -protestó la mujer con viveza-. No es eso, señor. Cuando alguien muere en el Hospital, nosotros, los vecinos, reunimos el dinero necesario para el entierro. Somos pobres, pero no consentimos que ninguno de nuestros muertos quede sin sepultura.

-Entonces...

-Lo que ha ocurrido, caballero, es que María no ha podido recuperar el cuerpo de su marido. Fue al Hospital y le dijeron que no podían dárselo porque estaba todo infectado. Le aseguraron que debían quemarlo.

-Es posible que la enfermedad de ese pobre hombre fuese contagiosa.

La mujer se encogió de hombros.

-¡Usted lo creerá, pero no nosotros! El marido de María no estaba enfermo. Tuvo un accidente en el trabajo y se rompió una pierna. Después, cuando María fue a verle, no la dejaron entrar, diciéndole que lo de su esposo era muy grave y que seguramente moriría. De nada sirvieron, caballero, los ruegos y las lágrimas de María. Cuando dos días más tarde le comunicaron que Enrico había muerto, fue a por el cadáver, después de saber que podía contar con nosotros para el entierro. Pero ya le he dicho que no se lo dieron.

Y como Irwing no comentase nada, continuó:

-¡Abusan de que somos pobres, señor! Y no vaya a creer que María era la única que no ha podido enterrar a un ser querido. Si preguntase, en el barrio, podría darse cuenta de que ya han sido muchos, muchísimos, a los que les ha ocurrido lo mismo. ¡No hay derecho! Somos pobres, es verdad, pero no deben hacernos esas cosas.

-¿Qué supone que hacen con los cuerpos? -inquirió Irwing, que empezaba a preocuparse seriamente de aquel asunto.

-¡Cochinadas! -repuso vivamente la mujer-. ¡Experimentos de esos que hacen los sabios, que no maltratan los cuerpos de sus familiares!

Era natural que Irwing se regocijase de que la casualidad le hubiese puesto en una pista tan clara. Todo lo que se relacionase con muertos desaparecidos podía tener una relación con el asunto que la SIP deseaba dilucidar.

También era verdad que posiblemente aquella mujer no se equivocase y que los cuerpos desaparecidos acabasen sobre las mesas de mármol del Instituto Anatómico; pero, de todos modos, después de una necropsia, por completa que sea, cualquier médico es capaz de recomponer un cadáver, de forma de poder entregarlo, con una apariencia de mínima decencia, a los familiares.

No, allí había algo raro.

-Lamento no poder hacer nada, señora -dijo, dándose cuenta de la intensidad de la mirada que le dirigía la mujer-; pero de, todos modos, voy a dar a María algo para que pueda defenderse, ahora que le falta el marido.

Abriéndose paso, llegó hasta donde estaba la desconsolada mujer y le entregó cien dólares.

Dejó de llorar, mirando al joven.

-¿Por qué me da usted esto? ¿Quién es...? -y miró a los otros.

-Su amiga me ha contado lo de su pobre marido -repuso el joven-. Yo hubiese deseado poder hacer algo más, pero no está a mi alcance; por eso he pensado que este dinero podría ayudarla.

La que había hablado con él se abrió paso, a su vez, llegando junto a ellos.

-¡Es un buen muchacho, María! Se ha espantado de lo que he contado. No quería creerlo de ninguna manera.

María, cuya edad no debía de pasar de los veinticinco años, aunque el trabajo la había afeado y envejecido lo suyo, miró al joven,

-Muchas gracias, señor. Y puede creernos, se lo aseguro.

-¿Cuántos cuerpos no habrán sido devueltos en el barrio? -inquirió el agente.

Se miraron, luchando con las cifras; después, cuando dijeron «trescientos», Fred se dijo que era completamente imposible conocer la cifra exacta. Por eso se dirigió a la mujer con la que primeramente había hablado:

-Yo no sé si algunos de mis amigos que ocupan cargos importantes en la ciudad podrán hacer algo para que todo esto cese; pero necesitaría los nombres de los desaparecidos y la fecha en que murieron, así como sus edades y profesiones.

-Esto último ya podemos decírselo -repuso la mujer-. Todos son mineros.

-Bien, Si les parece, pueden ir haciéndome la lista de cuantos conozcan. Para que no pierdan su tiempo por nada, daré cinco dólares por nombre -sonrió-, pero no olviden que deseo saber la verdad. Si me mienten, no podría hacer nada por ustedes.

-¿Va usted a volver por aquí?

-No lo sé, pero eso no importa. Me envían la lista al hotel, cuya dirección voy a darles, y yo enviaré un giro a María, que repartirá el dinero entre las que hayan recogido los datos. ¿Entendido?

Todas ellas asintieron y cuando Irwing se alejó le acompañaron un trecho con manifestaciones de sincera amistad.

El joven abandonó aquel barrio.

No estaba seguro, ni muchísimo menos, de haber conseguido algo verdaderamente importante. Después de todo, aquellos hombres cuyos cadáveres habían desaparecido podrían muy bien haber muerto de alguna enfermedad que hubiese obligado a las autoridades sanitarias a incinerarlos. No obstante, estaba dispuesto a profundizar el asunto hasta poseer una idea nítida del mismo.

Pasó por el hospital y se enteró de algunos datos que le interesaban, sobre todo de la situación del depósito de cadáveres; pero cuando intentó acercarse hacia aquella parte del edificio tropezó con letreros prohibitivos que le hicieron retroceder.

Podía haber hecho uso de su tarjeta de la SIP para visitar lo que fuera, pero las instrucciones de Callowan eran tajantes a este respecto, y el joven comprendía perfectamente que no debía ahuyentar la pista.

Decidió salir del hospital y penetrar en él por la noche. Había formado un plan y pasó por una tienda donde adquirió una bata, unos zapatos blancos y un gorro como el que utilizan los internos. Regresó al hotel, se dirigió a su habitación, dejó el paquete sobre la cama y se dispuso a cumplir otra de las instrucciones que el jefe había dado a los tres.

Durante cerca de media hora se entretuvo en hacer un anuncio, que haría publicar en un determinado diario y que, en clave, explicaría a Callowan lo que había descubierto hasta entonces. El jefe de la Spacial International Police les había pedido que hicieran este informe antes de lanzarse definitivamente sobre cualquier pista que encontrasen. De esa manera, si algo desagradable les ocurría, podrían proseguirse las investigaciones en el mismo sentido.

Después de componer el curioso anuncio, que entregó a uno de los empleados del hotel, para que lo llevase a la redacción del periódico, cenó, esperando que se hiciese de noche. Luego, cuando la oscuridad cayó sobre la ciudad, se puso los zapatos, la bata, metió el gorro en el bolsillo canguro de la misma y se puso sobre aquel curioso atuendo una gabardina lo suficientemente larga para que ocultase el borde blanco de la bata.

Se hizo conducir a las cercanías del hospital, escogió luego una calle oscura, donde abandonó la gabardina, y tras ponerse el gorro entró por la puerta principal, como si se tratase de un interno que hubiese salido a tomar algo a algún bar de las cercanías.

El portero, desde el interior de su caja de cristal, le saludó levemente, levantando la cabeza del plato donde estaba tomando su cena. Irwing contestó al saludo y subió las escaleras que conducían a la planta principal del edificio.

Andaba con tranquilidad.

Había metido su pistola y una linterna en los bolsillos del pantalón y sacó la segunda, de reducido tamaño, cuando oblicuando hacia la izquierda tomó el pasillo que conducía a la escalera que descendía hacia el sótano hasta el depósito.

No pudo evitar que, a medida que se acercaba a su objetivo, una natural emoción se apoderase de él.

Una vez en la parte inferior de la escalera miró con cierta aprensión el largo y oscuro pasillo que conducía al Depósito. A la derecha se veía la salida de los montacargas encargados de llevar los cadáveres a los sótanos. Todo estaba silencioso; pero, no obstante, una ligera raya de luz salía de debajo de la puerta del depósito.

Librodot

Allí había alguien.

Avanzando con prudencia, Irwing fue acercándose a la puerta. Y apenas llegaba a ella, caminando de puntillas, cuando el ruido del ascensor sonó a su espalda.

¡Alguien bajaba!

Pred miró hacia todos los lados, buscando desesperadamente un lugar donde ocultarse. A través de las puertas vidrieras de la caja del ascensor la luz del vehículo inundó el pasillo.

En el último instante el joven encontró una pequeña escalera, junto a la puerta: una escalera metálica, de caracol, por la que se lanzó apresuradamente antes de que las puertas del montacargas se abriesen.

Describiendo una línea helicoidal, la escalera terminaba ante una minúscula puerta, que estaba solamente entreabierta y que el joven empujó con todo cuidado, viendo que desembocaba en una especie de semicírculo, con asientos en gradería.

Comprendió entonces que se hallaba en el anfiteatro donde, generalmente, los estudiantes seguían las disecciones que los profesores realizaban abajo. A aquellas horas de la noche el minúsculo círculo estaba naturalmente desierto, pero la luz que había en lo hondo, en el depósito, lanzaba un chorro blancuzco que llegaba hasta el techo.

Descendiendo cuidadosamente los escalones que iban junto a la gradería, Fred llegó al borde de la primera fila y se asomó por uno de los rincones. Abajo, sobre la mesa, había tres cadáveres y unos hombres, que empujaban una camilla, estaban llevando otro en aquel momento.

Irwing comprendió en seguida que aquellos hombres no eran médicos. Sus uniformes grises denotaban su calidad de mozos de hospital. Eran cuatro, ya que los que empujaron la camilla cerraron la puerta quedándose con ellos.

Habían colocado el cuarto cadáver sobre la mesa de mármol; los dispusieron atravesados para que cupiesen, y ahora encendían unos cigarrillos, con una tranquilidad profesional que hizo que Fred se estremeciese.

Hubo un momento de silencio; después, uno de ellos preguntó:

-¿Crees que tardarán en venir, Tod?

El interpelado echó una ojeada al reloj de pulsera que destacaba en su brazo peludo.

-No tardarán mucho -repuso.

-Ya tengo ganas de que vengan -intervino otro, delgado y con una abundante cabellera de color pajizo.

-¿Piensas gastarte el dinero esta misma noche?

-¡Naturalmente! ¿Por qué crees que despaché a éste antes de tiempo? Tenía que morirse, después de la inyección que le dimos esta mañana, pero el muy condenado se resistía. Y yo necesito cien pavos para mí solo. Si hubiésemos entregado solamente tres, no hubiera tenido el dinero que me hacía falta.

El de los brazos velludos se echó a reír.

-¡Cien dólares en una noche! ¿Sabes que te estás acostumbrando muy mal, Charly?

-¿Por qué dices eso?

-Porque no tenemos que hacernos ilusiones. Un día nos dirán que no desean más «fiambres» y tendremos que volver a vivir con el dinero que ganamos aquí y las propinas de las familias italianas del barrio pobre.

-¿Propinas de los italianos? -inquirió el otro-. ¡No las verás más! Eso era antes, amigo mío: cuando les hacíamos favores y arreglábamos los muertos que habían salido de aquí en pedazos. Entonces sí que llovían las propinas, aunque no ganábamos lo que ahora. Pero desde que esas lloronas de italianas no pueden llevarse a sus muertos, desde que les decimos que han desaparecido por contagiosos, nos han cogido un odio feroz. Y nunca más, aunque les devolvamos los cadáveres, nos darán más propinas. Podéis tenerlo por seguro.

-De todas maneras -dijo el que no había despegado los labios aún-, no creo que sea para asustarse.

-¿Qué quieres decir?

-Que si los que vienen a comprar los cadáveres dejan de hacerlo, podemos obligarlos, asustándolos, a que sigan pagando cierta cantidad. Hay que pagar el silencio de algún modo.

El de los brazos velludos le miró fríamente.

-¡Cómo se nota que eres novato, Philip! -exclamó, con un tono de desprecio en la voz-. Yo no sé nada, como éstos tampoco, de lo que pasa con estos muertos, pero he oído decir que nosotros, si nos fuésemos de la lengua, terminaríamos en un lugar nada agradable..., después de muertos.

-¿Quieres infundirme miedo? -rió el novato-. ¿O es que quieres que me crea todas esas idioteces? Es verdad que no llevo mucho tiempo aquí, pero los muertos se quedan muertos y poco puede importar lo que hagan con ellos.

-Tú puedes hacer lo que quieras, pero te aconsejo que no pienses cosas raras. Los que vienen aquí no tienen cara de tontos.

Fue en aquel momento cuando Fred, que consideraba haber oído lo bastante para informar a Callowan, se dijo que ya era hora de abandonar aquellos malsanos lugares, antes de que alguno de aquellos hombres saliese del depósito. Como era evidente que estaban esperando a los que recogían los cuerpos previo pago, Irwing tenía una ocasión preciosa para salir sin que ellos notasen nada.

Pero tuvo mala suerte.

Al retroceder, poco a poco, impresionado aún por lo que había oído, olvidó por completo la topografía del lugar donde se encontraba, tropezando con el escalón de una de las graderías y cayendo al suelo, en medio de un estrépito infernal.

Como un solo hombre, los cuatro mozos de Hospital reaccionaron con una rapidez extraordinaria.

Mientras dos de ellos salían al pasillo, dispuestos a impedir que el desconocido escapase por la escalera de caracol, el de los brazos velludos, que era un verdadero atleta, dio un salto formidable, atrapando la cornisa de la gradería e izándose a pulso, mientras los músculos abultaban como cuerdas bajo su piel oscura.

En aquel momento, repuesto apenas de su golpe, Fred se incorporaba, dirigiéndose a la salida, mientras que sacaba su pistola, dispuesto a defenderse a tiros.

Pero, surgiendo detrás de él, el de los brazos velludos sonrió cruelmente. Y una vez en la gradería, sus manos rodearon el cuello del agente, al tiempo que la rodilla izquierda del hombre se aplicaba como una palanca a la espalda del agente.

Éste hizo cuanto pudo por defenderse, pero todo resultó inútil. Sin aire que respirar, su rostro tomó un tono violáceo y la asfixia llegó poco después, arrancándole la vida.

Los que habían tomado la escalera, llegaron en aquel instante.

-¡Bravo, Tarzán! -exclamó uno de ellos.

El de los brazos velludos soltó su presa y el cuerpo sin vida del agente cayó al suelo.

Justamente, en aquel momento, llamaron a la puerta exterior. Dos timbrazos cortos y uno largo.

-¡Ya están aquí!

Ayudado por uno de los otros, el coloso bajó el cadáver al anfiteatro.

-Creo que cobraremos cien dólares más -dijo con una sonrisa.

El que había quedado abajo, abrió la puerta y cuatro hombres entraron en el depósito.

Eran Pat y sus muchachos.

El jefe echó una mirada a los muertos; después, mirando el cuerpo del agente, frunció el entrecejo.

-¿Quién es éste? -inquirió.

Le explicaron lo ocurrido, pero Hummel los escuchaba más que a medias. Su memoria funcionaba a toda velocidad y no tardó, a pesar del color violáceo del rostro del muerto, casi negro ya, en reconocerlo.

-¡Pero si es Irwing, muchachos!

Los otros se acercaron, curiosos. Smith, el coloso de la banda, registró al muerto, no tardando en encontrar su tarjeta de identidad.

-No te habías equivocado, Pat -dijo, entregándosela.

Hummel miró a los mozos.

-¡Buen trabajo, chicos! Este fiambre vale trescientos pavos... ¡Estáis de enhorabuena!

Después de pagar, los hombres de Pat cargaron con los cadáveres, sacándolos al callejón oscuro al que desembocaba la puerta. Una camioneta estaba detenida allí.

Un poco más tarde, el vehículo se ponía en marcha. Y Pat, que iba conduciendo, se volvió a medias hacia Reynolds.

-Esto es lo mejor que podíamos esperar, amigo. Por lo menos, Irwing va a conocer su infierno.

-¿Vas a enviarlo al Valle?

-Sí, pero antes le haré pasar unos momentos que no olvidará jamás... ¡Ojalá tuviésemos los que nos faltan ahí detrás!

-No faltan muchos, Pat. Hasta ahora el plan se va cumpliendo.

Pat sonrió.

-Sí. Con éste van tres..., sólo quedan otros tres: Morton, Loos y el cerdo de Callowan.

CAPÍTULO V



ONALD tomó un nuevo sorbo de café. La habitación, a pesar del sistema de ventilación, estaba llena del humo de los cigarrillos que los tres hombres no dejaban de fumar, encendiendo unos con las colillas de los otros. Callowan no dijo nada ni había despegado los labios desde que llegó al hotel, quince minutos después de que el astrocohete se había posado en una de las pistas del espaciódromo marciano. Se había limitado a escuchar los informes de sus dos agentes que, como esperaba, no habían conseguido nada positivo en las dos semanas que llevaban allí.

Tras una larga pausa, luego que Norton terminó de hablar, Donald, después de encender un nuevo cigarrillo, dijo:

-Irwing no ha establecido contacto con vosotros, ¿verdad?

-No -repuso Loos-. Sólo se comunicó al principio con nosotros, ya que, siguiendo las instrucciones, nos telefoneábamos, sin visófono, una vez cada noche. Pero hace ya días que no hemos sabido nada de él. ¿Cree que le ha ocurrido algo?

-Me lo temo.

-¿Recibió algo de él? -preguntó Charles Norton.

-Fue el único de vosotros que utilizó la clave de los anuncios. Según lo que leí, Fred descubrió algo muy importante. Se están robando gran cantidad de cadáveres en New City.

-¿De dónde?

-Del Hospital Central. Irwing habrá querido profundizar las investigaciones, pero ha debido de tener mala suerte -torció el gesto-. En realidad, desde que este asunto ha empezado, la hemos tenido todos. ¡Tres de mis agentes desaparecidos! Es decir, dos muertos y otro que debe estarlo a estas horas. ¡Ese canalla de Pat está cumpliendo su venganza!

Hubo una pausa; luego continuó:

-Es indudable que al menos Fred ha encontrado la verdadera pista. Si los cadáveres desaparecen es para algo; algo que no podemos saber aún, pero que, a no tardar, sabremos. Y si los cadáveres son robados, ya podernos empezar a creer en algunas cosas que su aspecto ilógico nos vedaba comprender.

-¿A qué se refiere usted?

-A que Pat y los suyos murieron. Durante mi estancia en Sing-Sing, donde he pasado todo este tiempo, he llegado a la conclusión de que los bandidos murieron.

-¿Entonces... quiere decir que alguien tiene el poder de resucitar?

-Ésa es una palabra demasiado grave, amigo mío. No debe tratarse de resurrección, ni muchísimo menos; en realidad, la muerte, en ciertas circunstancias y cuando parecía real, ha sido dominada por los hombres de ciencia. Para nosotros, Pat y los suyos habían muerto en la cámara electrónica; incluso un médico como el de la

penitenciaría lo afirmaba categóricamente; pero ¿podemos estar seguros de que estaban «verdaderamente» muertos; es decir, de que no eran «recuperables»?

-¡La cabeza me da vueltas! -exclamó Charles.

-No es extraño. Todo esto se sale de lo normal y es, evidentemente, el caso más difícil y complicado con el que nos hayamos tropezado. Pero nuestro deber es seguir. Y Fred, con su sacrificio personal, nos ha mostrado el camino. ¡Hay que saber dónde van los cadáveres que son robados en el hospital!

-Yo lo averiguaré, señor.

Donald sonrió, mirando a Loos.

-Bien, Edward. Pero ya sabes el peligro que hay. Tenemos que evitar caer en el cepo donde Irwing tropezó.

-Tendré cuidado.

-Eso espero. De todos modos, Norton te vigilará a su vez desde lejos, sin intervenir más que en el momento en que no haya más remedio. Yo voy a moverme, como siempre, por los planos superiores. Hay alguien, indudablemente, detrás de todo esto; alguien que no es Pat, sino un personaje de mayor importancia. Los archivos de inmigración deben de contener materia para que pase en ellos algunos días. Si puedo orientarme, iré después a las oficinas del Catastro, para localizar a nuestro o a nuestros hombres. Esperemos que para entonces hayas logrado algo positivo.

-Haré lo posible, señor.

-Te aconsejo que operes por la noche. Y si no es necesario, no entres en el hospital, ya que los cómplices de Pat deben de estar por todas partes. Todavía no sabemos hasta dónde se extiende esta fatal organización. Por eso tenemos que andar con pies de plomo.

* * *

Irwing se despertó a medias, despegándose poco a poco de una especie de bruma que le rodeaba por entero. Su cuerpo experimentó una vibración que tardó mucho tiempo en reconocer, llegando luego a la conclusión de que debía estar en un vehículo que se movía por un terreno desigual, repleto de baches.

Recordaba vagamente todo lo ocurrido; pero, a pesar de notar que la sangre circulaba por sus venas y que la vida latía en él, no podía evitar aquella extraña sensación, aquella niebla que había encontrado limitada a su cerebro.

Todos los recuerdos estaban impregnados de aquella bruma..., como si no le perteneciesen, como si tuviese la virtud de estar viendo desfilar por su mente la película cinematográfica de la vida... de otro.

Al abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba echado en una litera, en el interior de una especie de furgoneta. Otras literas, encima, debajo y frente a él, daban el aspecto de una gran ambulancia al vehículo.

Otros hombres estaban allí...

No tardó mucho tiempo en detenerse el coche y las puertas posteriores se abrieron.

Al ver el rostro del hombre que había penetrado en el interior del vehículo, Fred se estremeció, ya que se trataba de James Smith, uno de los bandidos que había visto penetrar en la cámara electrónica.

Una sonrisa de triunfo cruel entreabría sus labios.

El otro también le vio.

-¿Sorprendido, polizonte? ¡Arriba todos!

Se incorporaron los hombres a los que Irwing no conocía. Él se sentía débil, como extenuado, pero comprobó que la fuerza volvía a su cuerpo a medida que se movía.

Al descender de la ambulancia, vio que se hallaba en un valle, de altas paredes rocosas, donde muchísimos hombres trabajaban horadando las piedras. El estrépito de las perforadoras automáticas llenaba de un eco sordo el valle.

Había otro vehículo, un turismo, detrás de la ambulancia y de él descendió Pat, seguido por los otros miembros de la banda.

Hummel se acercó a él.

-¡Hola, perro! ¿Sabes dónde estás?

Fred no dijo nada.

-¡Mira a tu alrededor! -exclamó Pat, señalando el desfiladero de piedra-. ¡Estás en el Valle de los Muertos! De aquí no sale nadie, amigo. ¡Nadie! Yo podría explicarte muchísimas cosas, decirte que estás muerto..., como nosotros. Pero sería perder el tiempo. Más vale que empieces a trabajar como todos ésos... ¡Los esclavos más sumisos que se conocieron jamás! Estas piedras contienen oro en cantidad y hay que extraer hasta la última onza... ¡A trabajar! Pronto verás a los otros aquí, a tu lado... ¡Incluso a Callowan! Será un hermoso final para ese cerdo!

Fred fue incorporado a una de las cuadrillas y le dieron una perforadora con la que empezó a trabajar inmediatamente.

Las palabras de Pat seguían sonando en su cerebro.

¿Callowan? ¿Norton? ¿Loos?

¡Claro que los recordaba!

Pero, y aquello era lo verdaderamente extraordinario, una apatía invencible le dominaba, haciendo que todo aquello perdiese interés para él. Claro que recordaba que era agente de la Spacial International Police y que su misión era descubrir la verdad sobre la falsa muerte de Pat y los suyos.

Pero... ¿qué importancia tenía ahora todo aquello a juzgar por los hechos?

La fatiga mental era tan grande que cualquier idea le costaba un verdadero esfuerzo. Era mucho más fácil apretar el botón de la perforadora y trabajar, sin pensar en nada. Y eso fue lo que hizo.

Poco a poco, sus preocupaciones se fueron borrando, perdiéndose, integrándose en aquella neblina mental. Y, al cabo de unos minutos, sonrió estúpidamente, feliz de haber dejado de pensar en cosas que ya no le importaban ni poco ni mucho.

* * *

Tres días de espera; es decir, tres interminables noches que había pasado vigilando el callejón al que daba la puerta de salida del depósito.

Nada se había producido y Loos se desesperaba, sobre todo al pensar que aquel tiempo perdido podía impedirle hacer algo positivo por Fred Irwing.

Una especie de ilógica intuición le dejaba incubar la esperanza de que su amigo estaba aún con vida; pero, al imaginarse lo que Pat y sus criminales compañeros podían hacerle pasar, cerraba los puños, clavándose las uñas en las palmas hasta hacerse sangre.

La cuarta noche tuvo suerte.

Un poco antes de las doce, un camión grande penetró, haciendo marcha atrás, en el estrecho callejón del hospital. Permaneció allí cerca de una hora.

Edward había colocado su coche en una esquina oscura y desde el interior de su vehículo esperó pacientemente, sabiendo que había llegado la ansiada ocasión que esperaba. Por eso, cuando el camión salió, tomando la dirección de la Gran Avenida Norte, el agente lo siguió, a prudencial distancia, preocupado solamente porque su conductor no se percatase de que era seguido.

Una vez en la Pista Norte y cuando el vehículo que le precedía se lanzó a gran velocidad, Edward apretó también el acelerador, seguro de que, a su vez, hacía lo propio Norton, que debía seguirle. El saber que su amigo le protegía, desde la sombra, aumentaba su audacia y así hizo que la distancia que separaba ambos vehículos disminuyese lo suficiente para no perderlo de vista.

Durante toda la noche, sin detenerse un momento, siguieron la autopista, tomando al amanecer un camino a la derecha, que penetraba ya en un complicado sistema montañoso.

Mientras le fue posible, Loos siguió el coche; pero al ver que éste disminuía de velocidad, atravesando poco después una especie de caballo de Frisa, que unos hombres armados habían abierto ante él, viró velozmente, dejando su coche en un sitio bien oculto y abandonándolo para proseguir su camino a pie.

Pronto se dio cuenta de que era completamente imposible penetrar por allí. Numerosos puestos de tiro y observación defendían las proximidades de aquella salvaje garganta. Lejos, detrás de un grupo de árboles llevados de la Tierra, era posible entrever la línea de unas casas, pero estaban demasiado lejos de donde se encontraba el agente para que pudiese precisar alguna cosa.

Despreciando aquella entrada, Loos siguió el curso de otro valle angosto, escalando, de vez en cuando, hasta las cimas próximas, para ver si encontraba un paso fácil. Idénticos sistemas de defensa le hicieron desistir de la idea. Y cuando más de la mitad del día había pasado y caminado él una gran cantidad de kilómetros, descubrió, finalmente, desde lo alto de un pico, un largo y angosto valle donde vio hormiguear los seres humanos que allí trabajaban afanosamente.

Hasta él llegó el ronco rugido de las perforadoras.

Sin comprender aún gran cosa, avanzó, con toda clase de precauciones, hasta poder observar, desde un punto más cercano, a los hombres que trabajaban en el fondo del valle.

No vio, por más que miró, vigilante alguno. Aquellos hombres parecían libres, completamente libres y el agente frunció el entrecejo al pensar en la estricta protección que había visto a la entrada de las instalaciones.

¿Qué significaba aquello?

Estaba decidido a seguir, y mirando con más atención a los trabajadores, notó que iban apenas vestidos. Los trajes destrozados dejaban ver las pieles pálidas, desnutridas, y la mayor parte de ellos iban descalzos.

Siguiendo el plan que se estaba formando en su mente. Edward destrozó sus ropas, tirando después los zapatos. Al ir descendiendo por una especie de vaguada estrecha, contrajo los músculos al notar las aristas cortantes de las rocas que le rasgaban la piel de las plantas de los pies; pero, haciendo de tripas corazón, prosiguió el descenso, dispuesto a mezclarse con aquellos hombres y empezar a conocer un poco la verdad.

Momentos más tarde, y viendo una perforadora en el suelo, que nadie utilizaba, avanzó, disimulando cuanto pudo, hasta que se apoderó de la máquina y empezó a trabajar como hacían los demás. Algunos de ellos le habían visto llegar, pero sus miradas no parecieron reflejar interés alguno, ya que, según Loos, debían de haberle tomado por uno de los suyos que se había alejado un momento del tajo.

Trabajó unos momentos, sin levantar la cabeza; después, sin poder resistir más, se dirigió hacia el que tenia más cerca.

-¿A qué hora se come aquí? -inquirió, secándose el sudor de la frente.

El otro le miró, pero no despegó sus labios, continuando su trabajo.

-¿Es que estás sordo? -insistió Loos.

El hombre no levantó la cabeza; pero con voz cansina gruñó:

-¡Déjame tranquilo! ¿Es que no sabes que, si nos detenemos, no nos darán la ducha?

-¿La... ducha?

No se atrevió a preguntar más, temiendo llamar demasiado la atención. Era indudable que lo desconocía todo de la vida que llevaban aquellos hombres. Y al verlos ahora de cerca, tuvo que convencerse de que no eran hombres, sino lo que queda de ellos cuando las privaciones, el trabajo sin descanso y algo peor deshace definitivamente al ser humano.

¿Eran humanos aquellos desdichados?

Cubiertos de harapos, esqueléticos casi todos, trabajaban con una especie de automatismo que parecía completamente anormal. Ninguno de ellos hablaba y Loos no descubrió ni un asomo de sonrisa en ninguno de aquellos rostros demacrados.

Continuó trabajando; pero, naturalmente, sin poner su alma en lo que hacía, sino dedicando su atención a cuanto le rodeaba. Fue entonces, al mirar hacia un grupo a la izquierda, cuando sorprendió a Fred.

Una inmensa alegría se apoderó de él.

¡No le había engañado su intuición al convencerle de que su amigo no había muerto!

Tuvo que reprimirse, haciendo un poderoso esfuerzo para no ir corriendo junto a Irwing; pero, dominándose, esperó un momento, ante la indiferencia general, acercándose entonces al agente de la SIP.

Fred trabajaba con su perforadora, pareciendo completamente abstraído.

-¡¡Fred!!

El joven se volvió, mirando fijamente a su amigo; luego, merced a un visible esfuerzo, repuso:

-¡Hola!

-Pero... ¿es que no me conoces?

Un pequeño silencio; después dijo:

-Sí..., tú eres Loos, Edward Loos.

Éste frunció el entrecejo.

-¿Qué te ocurre, Fred, amigo mío?

-Nada, estoy bien..., pero déjame trabajar. Si notan que no he hecho el esfuerzo debido, no habrá ducha... y eso sería horrible.

Loos no supo qué decir.

Se estaba dando cuenta de algo, aunque ni siquiera se atrevía a formulárselo. Era tan espantoso..., tan increíble.

Y mirando a Fred, que había reanudado el trabajo, sintió una sensación horrible, como algo que le quemase dentro.

¡Hubiese sido mil veces mejor que Fred Irwing hubiese muerto!

CAPÍTULO VI



AT terminó su «whisky». Al hombre que se había acercado a él y que estaba al pie de la escalera del bungalow le pareció que Pat no le había escuchado. Pero esperó.

Temía demasiado a aquel hombre, que se había convertido en el jefe superior de toda la mina y que se mostraba implacable en sus castigos. Sobre todo con la ducha.

-Vuelve a contármelo -dijo Hummel.

El hombre obedeció.

Había apoyado su rifle en el suelo y se movió inquieto antes de romper el silencio que se había hecho.

-Hay un hombre que está rondando por fuera, en el valle exterior.

-¿Cuándo lo has visto?

-Esta tarde.

-¿Has dicho algo al jefe de la guardia?

-Sí. Han doblado la vigilancia y preparado los reflectores. No podrá pasar.

-Eso ya lo sé, pero es necesario que sepamos quién es ese curioso. Tendremos que salir a buscarlo.

-¿Con esta oscuridad?

-No te preocupes. Vuelve a tu sitio.

-¡A sus órdenes!

El hombre recogió el rifle y se alejó hacia el cuerpo de guardia. Pat lo siguió con la mirada.

Luego encendió un cigarrillo.

Con los ojos entornados, pensando en mil cosas distintas, se dijo que se encontraba un poco fatigado aquella noche. Y levantándose, pasó, completamente vestido, al interior de la ducha. Oprimió un botón y cerró los ojos, sintiendo que una nueva vida, repleta y pletórica de energías, penetraba en él.

Momentos más tarde abandonó el bungalow, dirigiéndose hacia la construcción, que con cierto aire de casa americana del Sur, se levantaba un centenar de metros más allá.

Mientras avanzaba hacia la casa, se fijó en el ala izquierda, cuyas ventanas estaban aún iluminadas y una sonrisa extraña apareció en sus labios. Aquél era su último objetivo, el más difícil de todos, pero Pat sabía tener paciencia y esperar el momento oportuno de lanzarse.

Poco después llamaba a la puerta. Apareció un criado cuyo uniforme resultaba tan extraño como anacrónico en aquel ambiente.

-Pase, señor Hummel.

Pat se adentró en el elegante «hall». Todos los detalles estaban tratados cuidadosamente y el lujo, estudiado hasta lo imposible, daba un aspecto de confort que no podía encontrarse ni en las más elegantes mansiones de la ciudad.

El bandido se sentó en uno de los cómodos sillones, atrayendo hacia él una botella de «whisky», de la que se sirvió un vaso. Instantes más tarde, el rumor de unos pasos, casi completamente apagado por la gruesa alfombra que cubría la estancia, le hizo levantar la cabeza.

Un hombre avanzaba hacia él.

Como detalle que llamaba la atención antes de cualquier otro, tenía una frente descomunal, rodeada por la aureola de sus cabellos completamente blancos y despeinados. Para otro hombre que no fuese Pat, aquel rostro hubiera recordado inmediatamente el de Einstein; de todos modos, había en la mirada de este sabio una paz, una serenidad y una bondad que estaba ausente en las pupilas del hombre que se acercaba a Pat. Sus ojos poseían un brillo evidentemente agresivo, reforzado por el perfil aquilino de su rostro.

-¡Buenas noches, profesor!

-Buenas noches -repuso el otro, sentándose frente a Pat-. ¿Algo nuevo?

-Sí. Me acaban de comunicar que hay alguien curioseando por el recinto exterior.

-¿No sabe quién es?

-No, aunque me lo imagino.

-¿SIP?

-Sí. No pueden ser otros. Debieron de saber que Fred entró en el hospital y es posible que hayan seguido a la ambulancia.

El hombre se pasó la mano por la frente.

-Hay que tener mucho cuidado, Pat... Esos hombres son peligrosos y nunca serán demasiadas las precauciones que tomemos.

-Necesito algo para localizarlo, profesor..., y los perros.

-Bien. Espere aquí. Voy a por el aparato de rayos infrarrojos. Ya lo ha manejado, ¿verdad? Pat dijo:

-Sí, me enseñó usted hace poco.

-Perfectamente. En seguida vuelvo.

Librodot

Partió el profesor y Pat se sirvió otra copa, pensando, con una cruel alegría en lo interesante que iba a ser aquella caza, de la que la presa no podría escaparse de ninguna manera.

¡Uno más!

Porque, si todo resultaba bien, sólo quedarían dos: Loos y Callowan. ¡Y no pararía hasta tenerlos en el Valle de los Muertos!

Una silueta acababa de aparecer en lo alto de la escalera, y Pat, sorprendido, detuvo la trayectoria que su brazo llevaba hacia sus labios. Se quedó así, con la sola mitad del gesto realizado, mirando a la muchacha, que, después de haberse detenido un momento, igualmente sorprendida, descendía la escalera con pasos menudos.

Algo frío recorrió la espalda de Pat. Desde que había visto, pocas veces, a aquella muchacha, todo su insano deseo explotó, como una granada madura, inyectando en su sangre la fuerza de una decisión que le guiaba ciegamente hacia ella.

-Buenas noches, señorita Dillon -dijo, poniéndose en pie.

-Buenas noches, señor Hummel. ¿No está mi padre por aquí?

-Ha ido un momento al laboratorio.

Ella sonrió.

En la expresión de la muchacha había una inocencia en la que el corazón corrompido de Pat no quiso creer nunca. Algunas veces, cuando razonaba con sensatez, se veía obligado a rendirse a la evidencia, comprendiendo que Dana Dillon no sabía nada de la verdad del Valle de los Muertos; pero, poco después, acostumbrado a torcer sus ideas, inclinándolas siempre hacia el mal, pensaba que ella era tan hipócrita como él y que hacía como si no supiese nada.

Ella se acercó, grácil, con la exuberancia de su juvenil belleza. Y Pat sintió un sospechoso latido en las sienes.

Su cabellera rubia le caía graciosamente por los hombros y en el óvalo correcto de su cara, además de la agradable naricilla respingona, los ojos zarcos reflejaban, en su fondo gris-azulado, las luces de la estancia, como si en realidad las tuviese dentro.

-¿Cómo van los experimentos de mi padre, señor Hummel? -inquirió, con una sonrisa.

-¡Mejor que nunca, señorita! ¡Su padre es un verdadero sabio!

-Sí, ya lo sé. Pero tengo que confesar que estos terribles intentos me dan miedo. Van en contra de todo lo que yo he creído siempre. Estoy un poco asustada.

-No debe estarlo. El triunfo del profesor será algo nunca visto y todos los sabios del mundo la aclamarán.

-Me da usted muchísima confianza.

Él fue a decir algo, pero la llegada del profesor le interrumpió.

-¿Qué haces aquí, Dana?

-Bajaba a pasar un rato contigo, papá.

El profesor tenía el entrecejo fruncido y su mirada fue de su hija al hombre.

-Lo lamento, pequeña -dijo, después de un silencio y con un asomo de sonrisa-. Tengo mucho trabajo esta noche y...

Dana preguntó:

-¿Otra vez vas a pasar la noche en el laboratorio? ¡Pero si no sales de él, papá!

-Pronto terminaré mis trabajos, hijita. Y podré dedicarte toda la atención que mereces. Además estamos reteniendo a nuestro amigo, que ha de realizar un trabajo de la mayor importancia esta noche.

Dana miró a Pat.

-Perdone, señor... Buenas noches... ¡Hasta mañana, papá!

-Adiós, hija mía.

Ella subió ágilmente la escalera, desapareciendo en el recodo poco después. El sabio se acercó a Pat.

-Aquí tiene el aparato, Hummel...

Y viendo que el bandido seguía con la mirada en la escalera, continuó:

-Creo que ya tuvimos una amplia charla a ese respecto, Pat. No olvide que mi hija forma parte de un mundo distinto al nuestro.

Pat sonrió, replicando con cinismo:

-¿He dicho yo algo, señor?

-No, nada. Pero prefiero que las cosas queden bien sentadas.

-No se preocupe, profesor. Mis ojos sólo ven a la señorita Dana como algo extraordinario.

-¡Es que lo es!

-Nunca lo he dudado. Pero siempre me extrañó que no supiese la verdad. ¿No la sabe, eh?

Los ojos del sabio brillaron coléricamente.

-No, no lo sabe -repuso, reprimiéndose la cólera que le inundaba-. Ni lo sabrá nunca. Porque si algún canalla -y clavó sus ojos en los de Pat- destrozase la ignorancia de esa criatura inocente... ¡lo mataría con mis propias manos!

* * *

Despreciando la ayuda de los guardianes, que en realidad no deseaban más que ganarse la amistad de Pat, éste prefirió realizar la cacería con su banda, sabiendo que su amigos gozarían mucho más que aquellos estúpidos tiralevitas.

Oly y James llevaban los perros, una docena de mastines que tiraban frenéticamente de sus correas. Salieron por una de las puertas auxiliares, lejos de la entrada principal, avanzando hacia la montaña, invisible en la envoltura negra que la noche había hecho caer sobre el planeta.

Avanzaron por caminos conocidos, adentrándose hacia la zona de la autopista, de manera a cortar la retirada de su víctima a la que querían sorprender por la espalda. Cuando estuvieron a cuatro millas del reducto, Pat se sacó el aparato, una especie de cámara de cine, que llevaba en bandolera, aplicando su ojo al visor.

Se movieron después, sujetando a los perros, hasta que Pat se detuvo, mirando intensamente. Una mancha roja acababa de aparecer en el visor. No tenía forma humana, pero el bandido sabía que aquello demostraba que el hombre estaba allí delante, a media milla de distancia, sentado -la mancha así lo demostraba-.

Desconocía el mecanismo del aparato, ignorando que los rayos infrarrojos emitidos por el cuerpo del hombre impresionaban la cámara, señalando una fuente de calor.

-Está ahí -dijo, señalando hacia el lugar al que acababa de mirar.

-¿Soltamos los perros?

-Sí, pero les seguiremos un poco. ¿Lleváis los reflectores?

-Sí.

-No quiero perderme el espectáculo. ¡Lástima que quien sea, y deben ser Loos o Norton, quede en pedazos. No podremos llevárselo al profesor.

-¿Y eso qué importa?

-Es verdad... ¡Soltad los perros!

Libres, los mastines se lanzaron silenciosamente hacia la negrura de la noche. Habían olfateado su presa y no necesitaban, como los hombres, aparato alguno para orientarse: su formidable instinto les llevaría, con una seguridad matemática, hasta la presa que, por el momento, no sospechaba nada ni podría sospechar hasta que los feroces animales se lanzasen sobre ella.

Corriendo detrás de los animales, por el estrecho sendero que éstos habían tomado, los bandidos disminuyeron la distancia que les separaba del lugar que había señalado la cámara de rayos infrarrojos. Considerando que ya estaban lo bastante cerca, encendieron los reflectores, cuya potente luz cayó sobre el hombre en el justo momento en que los perros de presa se lanzaban contra él.

-¡Es Norton! -exclamó Pat.

-Sí, es ese hijo de perra.

-¡Mirad cómo las está pasando!

Siguieron la escena, comprobando que el desdichado agente no podía nada contra el alud de colmillos y músculos que se había lanzado sobre él. Momentos más tarde, vencido por completo, sucumbió bajo la masa de sus feroces agresores, lanzando un alarido de espanto cuando vio que la muerte se le echaba encima.

Poco después los perros regresaron mansamente.

-¡Buen trabajo, amiguitos! -se limitó a decir Pat.

* * *

Al declinar la tarde, cuando el valle empezaba a hundirse en las primeras sombras, una sirena se dejó oír, a lo lejos. Y los hombres cesaron su trabajo, abandonando las máquinas y las herramientas y dirigiéndose en grandes grupos hacia un camino, el único que de salida tenía aquel lóbrego desfiladero.

Loos les siguió.

Caminaba al lado de Fred, pero ya había perdido toda esperanza de entrar en contacto con su amigo. Un abismo profundo se abría entre ellos y Edward consideraba al otro como una pobre criatura que sólo mereciese conmiseración.

Y venganza.

Todavía no podía explicarse lo que había hecho de aquellos hombres los fantasmas humanos que eran; pero se prometía castigar al culpable, con todo rigor por propia mano, sin tener que volver a contemplar una ejecución en la cámara electrónica.

Él sabía cómo ha de matarse a un hombre para no tener duda alguna de que ha dejado de existir. Los grupos, debido a la estrechez del paso, que cada vez se tornaba

más angosto, fueron haciéndose menos densos, hasta que los hombres avanzaron en una interminable fila india.

¿Cuántos desdichados podía haber allí?

Loos calculó, muy por debajo de la realidad, que debía de haber unos dos millares. En efecto, el camino hormigueaba y parecía que nunca iban a terminarse los que iban engrosando las filas.

Por último, después de atravesar aquel estrecho pasadizo, llegaron a una amplia explanada, rodeada por completo de multitud de barracones, en pésimo estado, casi derrumbados muchos de ellos. Siguiendo siempre a Fred, el agente penetró en uno de ellos, junto a su amigo, viendo que algunos de los hombres se alejaban, volviendo después con unos calderos que contenían un líquido inidentificable. Lo probó, y vio que se trataba de una especie de sopa de una pobreza y suciedad tremendas. Pero, como tenía apetito, comió su ración, en silencio, como los otros.

La sirena tocó de nuevo.

Fue entonces cuando Edward vio, por primera vez, una expresión humana en aquellos rostros. Se animaron las expresiones, brillaron las miradas y hubo hasta algunos conatos de sonrisas.

-¡La ducha!

Corrieron, y Loos con ellos, formando en largas filas, frente a un edificio rojo que el agente no había visto hasta entonces. Las hileras iban penetrando por la multitud de puertas que allí había. Cuando el agente llegó a una de ellas, vio que unos hombres hacían que los trabajadores pasaran por una balanza, anotando la cantidad y gritando una cifra a alguien que no era visible. Entonces los hombres que acababan de ser pesados entraban en unos compartimientos que, en efecto, tenían aspecto de duchas.

Pero lo que más extrañó a Loos fue comprobar que los hombres no se desnudaban y que salían tan secos y sucios como habían entrado. No obstante, se movían alegremente, llenos de euforia, riendo como chiquillos.

Edward logró, aprovechando la confusión que reinaba allí dentro, pasar inadvertido, sin llegar a la balanza ni mucho menos a la ducha. Salió, por otra puerta, sin que nadie se diese cuenta.

Y una vez fuera vio a un hombre que acababa de ser echado violentamente del edificio.

Aquel desgraciado temblaba, como si tuviese fiebre. Sus ojos expresaban un terror indescriptible. Estuvo arrodillado en el suelo; luego se decidió y volvió a penetrar en el edificio, junto a otros que lo hacían, pero fue de nuevo expulsado, tirado a la plaza.

Un par de guardianes había salido, llevándolo en brazos antes de arrojarlo brutalmente al suelo,

-¿Querías engañarnos, eh? ¡Imbécil! La balanza no se equivoca... Ella dice que no has trabajado lo suficiente y no tendrás ducha.

-¡Por favor! -gimió el infeliz.

No hubo nada a hacer y los guardianes regresaron al interior.

Los hombres volvían a los barracones, para dejarse caer sobre la podrida paja que les servia de lecho.

Loos esperó un poco, deseoso de ver lo que ocurría a aquel pobre desdichado al que la balanza había condenado a no tener ducha. Pero no tuvo que esperar mucho.

El hombre, que seguía en el suelo, se estremeció, como si tremendos escalofríos recorriesen su esquelético cuerpo; después, tras unos minutos de espantosas contracciones, quedó inmóvil.

Cuando los guardianes salieron, para expulsar a otro por los mismos motivos, se detuvieron un instante ante el de antes y señalándole dijo al otro:

-¿Te das cuenta, idiota? ¡Éste ya ha muerto! Pronto lo harás tú... ¡Hay que estar loco para intentar engañar a la balanza!

Estremeciéndose, el agente se dirigió hacia el barracón donde estaba Fred. Su amigo dormía pesadamente, y Loos no quiso molestarse. Además ¿qué sacaría haciéndolo?

Irwing había dejado de pertenecer al mismo mundo que él.

CAPÍTULO VII



URANTE toda aquella noche, la más larga de su vida, Loos no pudo conciliar el sueño ni un solo instante. Conocía ya una gran parte del pavoroso problema que le había llevado allí. Y aunque ignoraba lo fundamental, estaba seguro de que había llegado el momento de entrar en liza.

Con cierta melancolía, pensó que le hubiera gustado tener a su lado a Norton -que debía seguir rondando por los alrededores-. Completamente solo, la cosa iba a ser más que difícil, pero no tenía más remedio que actuar, ya que volver al valle significaría, además de una lamentable pérdida de tiempo, exponerse, estúpidamente, a ser descubierto de un momento a otro. Con lo que perdería toda posibilidad de continuar su trabajo.

Meditó mucho sobre lo que debía hacer, sin dejar de mirar a su desdichado compañero, que dormía a su lado.

Cuando, casi al amanecer, la sirena resonó en los ámbitos del desfiladero y los hombres empezaron a despertarse, Loos ya había terminado de forjar su plan.

Los ocupantes del barracón donde él se encontraba empezaron a subir, cuando aún no había amanecido. Aprovechando la indiferencia que le rodeaba, el agente supo retener a Fred hasta el último instante, cuando Irwing le miró, interrogativamente.

-¿Qué quieres de mí, Loos?

-Que te quedes conmigo.

-¡Es imposible! Ya sabes que, si no trabajo, no tendré ducha por la noche y moriré. No puedo dejar de trabajar.

-Yo lo arreglaré todo.

El otro sonrió débilmente.

-No, Loos. Voy a ir a trabajar; además creo que haría bien diciendo a los guardianes que quieres molestarme.

Librodot

En realidad, Loos esperaba una respuesta de aquel género. Por eso, cuadrándose delante de su amigo dijo:

-Está bien, cabezota. Si no estuvieses bajo el influjo de esta gentuza, te enseñaría a ayudarme... De todos modos voy a intentar, en contra de la poca voluntad que te queda, salvarte.

Y antes de que el otro comprendiese lo que iba a ocurrir, el agente lanzó su puño derecho contra el mentón de su amigo, cogido por sorpresa, que se desplomó como una masa inerte.

Loos miró el cuerpo de Fred.

-Lo siento, amigo, pero no tenía más remedio.

Utilizando la correa de Irwing, ató sólidamente sus manos y sus pies, colocando después un trozo de su propia camisa corno mordaza.

-No puedo fiarme de ti, Fred -dijo, en voz alta-. Serías capaz de empezar a gritar, aunque no fuese más que para que no te faltase esa maldita ducha.

Momentos después, tras haberse percatado de que no había nadie en el campamento, salió del barracón, dirigiéndose en sentido opuesto al del camino que habían tomado los trabajadores. Por el momento no temía nada, ya que después de lo que había visto comprendía que ninguno de aquellos desgraciados se quedase allí, sabiendo que la balanza revelaría si había trabajado o no.

Era un plan diabólico.

Su autor -y Loos se rompía la cabeza para imaginárselo- debía ser un monstruo, un ser con el que no podía tenerse piedad alguna.

Saliendo del campamento, el agente vio una carretera, en buen estado, sobre la que descubrió huellas de varios vehículos. Aquello le puso sobre aviso, obligándole a abandonar el camino para seguir avanzando por la zona montañosa que aquél atravesaba.

Pasó el tiempo.

Media hora después vio unas construcciones que, por el lugar donde estaban situadas, debían de corresponder a los edificios que vio desde el otro lado de las montañas cuando abandonó su coche, antes de dirigirse al Valle de los Muertos.

Duplicando las precauciones y utilizando la zona de árboles que rodeaban las casas, pudo acercarse a una de ellas y echar una mirada por una de las ventanas de la pared posterior.

Una sonrisa de triunfo se pintó en sus labios.

¡Allí estaba uno de ellos!

En efecto, Preston Pryor, el hombre que mató a Ebert, estaba afeitándose, silbando una vieja canción americana y a mil leguas del peligro que se estaba acercando a él.

La ventana estaba entreabierta, pero Loos no estaba tan loco como para aventurarse por ella y ser descubierto por el bandido. No tenía miedo alguno, pero temía que Pryor lanzase un grito de advertencia que alarmase a todos los demás.

Por ello, recorrió la casa, por el exterior, mirando por cada ventana y comprendiendo que aquel bungalow debía de estar ocupado por la banda; pero que, en aquel momento, sólo Preston estaba en él.

Sonrió.

No era mala suerte para empezar.

Encontrando una ventana al otro lado, que daba a una habitación tan vacía como las otras, el agente de la SIP penetró en el interior de la construcción sin hacer el menor ruido. Llevaba, escondida en el cinturón y bajo la sucia camisa, una pistola del servicio, de tamaño reducido y con un dispositivo de silenciador completo. Al disparar, aquel arma excepcional no producía un ruido mayor que el de un fósforo al frotar la rugosa superficie de una caja de cerillas.

Pero no sacó la pistola.

Deseaba saber y no lograrla nada matando brutalmente al bandido. Por eso, abriendo la puerta, que ya sabía daba a un pasillo que recorría el bungalow en toda su longitud, se asomó con precaución, llegando hasta él el sonido monocorde de la maquinilla eléctrica con la que el granuja se estaba afeitando.

Avanzó quedamente por el pasillo. La puerta de la habitación de Preston era la penúltima a la derecha y ante ella se detuvo, pensando furiosamente en la manera de actuar.

El cese del ruido de la máquina de afeitar le hizo hacerse a un lado.

«Lo mejor -pensó- es esperar a que salga al pasillo, ya que, si penetro en la estancia, ese canalla puede llamar la atención de los otros...»

Tampoco podía estar seguro de que alguno de la banda no se presentase a la improvista, pero aquél era un riesgo que tenía obligatoriamente que correr.

Oyó cómo Pryor terminaba de vestirse, sin dejar de silbar. Poco después, los pasos del bandido se acercaron a la puerta y Loos se pegó al muro de madera del pasillo, conteniendo la respiración.

La puerta se abrió.

Como una exhalación, el agente se lanzó sobre su enemigo, cogiéndole, antes de que el otro pudiese hacer nada por defenderse, con una presa mortal: el antebrazo de Loos rodeó, como un cepo de acero, el cuello de su víctima, colocando una de sus rodillas en los riñones del otro.

Doblado en dos y sintiendo el peligro de ser ahogado, Preston no se movió. Por otra parte, le era completamente imposible exhalar el menor sonido, ya que tenía suficiente trabajo con regular, en lo posible, el poco aire que penetraba en sus pulmones.

Cambiando de posición, al mismo tiempo que obligaba al gangster a penetrar de nuevo en su habitación, Loos lo hizo caer de espaldas. Las dos manos del agente se ciñeron a su cuello y todo el peso de su cuerpo cayó sobre el bandido.

Éste le reconoció entonces.

La expresión de rabia que se pintó en sus pupilas demostró a Edward que lo había reconocido.

Aflojó un poco la presión de sus acerados dedos y Pryor, respirando con ansia, perdió un poco del color amoratado que empezaban a tener sus labios.

-¿Dónde están los otros?

-¡Vete al diablo, polizonte! ¿Crees que temo a la muerte? ¡Si ya estoy muerto!

-Lo que estás es loco de remate.

-Eso es lo que tú crees, Loos. Pero no me importa que me mates. Volverán a coger mi cuerpo y el profesor le dará nuevamente vida.

Loos preguntó:

-¿El profesor?

Preston sonrió.

-No me creas tan tonto... no te diré nada.

El cerebro del agente trabajaba a toda velocidad.

-Está bien, Pryor... si quieres morir, ¡allá tú!

Justamente, en aquel momento, su rodilla derecha tropezó con un objeto duro que el bandido llevaba en el bolsillo. Temiendo que se tratase de una pistola, Loos soltó una mano, sacando un objeto que se parecía a una linterna.

-¡Dame eso! -no pudo por menos de gritar Preston.

El agente notó la palidez que cubría el rostro del granuja, dándose cuenta de que acababa de apoderarse de una cosa muy importante para Pryor.

-¡Dámelo! -insistió el otro-. ¡Devuélvame mi ducha!

Fue como si la luz, una luz cegadora, se hiciese en la mente del policía.

-Tu ducha, ¿eh? Ahora comprendo... Vosotros, los mandones, tenéis vuestra ducha particular... así cuando lo deseáis.

-¿Quién te ha dicho todo eso?

-No importa. Voy a darte cinco segundos para que me digas lo que quiero saber. Si te niegas, haré pedazos esta porquería.

Un sudor pegajoso brillaba en la frente del bandido.

Durante unos segundos, muy pocos, menos de cinco, se mordió los labios; luego, vencido y aterrorizado por la amenaza del agente, preguntó:

-¿Qué quieres saber?

-¿Dónde están los otros?

-Por ahí. Se han levantado temprano, a pesar de lo de anoche.

-Cazamos a Norton...

-¿Muerto...?

-Sí.

Loos tragó saliva, con dificultad.

-¿Quién es el profesor?

-El dueño de todo esto, pero no me preguntes más. No lo he visto más que una vez y jamás he hablado con él ni entrado en su casa.

-Es Pat quien lo hace, ¿verdad?

-Sí.

Loos reflexionó unos instantes.

De ninguna manera podía permitirse dejar a aquel tipo con vida, ya que, aunque le atase y amordazase, tarde o temprano sería descubierto por los otros. Y no le interesaba que nadie, al menos por el momento, supiese que estaba allí.

No, no tenía más que un camino...

Dejando la «ducha» en el suelo, sacó la pistola, con el mayor disimulo y disparó a boca de jarro contra la cabeza de Preston, que saltó hecha pedazos.

-Así -dijo Loos, poniéndose en pie-, ningún profesor del mundo podrá volverte a la vida.

Ocultó el cadáver bajo la cama, limpiando después la habitación. Luego, tras echar una ojeada a la estancia, donde no había quedado huella alguna de lo ocurrido,

cogió la «ducha», se la metió en el bolsillo y salió por la misma ventana que había utilizado para entrar.

Las torres de vigilancia, con sus guardianes armados, no eran visibles desde allí, lo que le proporcionaba una cierta seguridad de movimientos. Alejándose de los edificios, tomó el camino de junto a la carretera y regresó al campamento de los obreros.

Cuando penetró en el barracón, Fred seguía en idéntica postura a como lo había dejado, pero tenía los ojos abiertos y había una rabia sorda que brillaba en ellos.

Loos le quitó la mordaza.

-¡Eres un canalla! -rugió Irwing-. Yo creía que eras mi amigo y que ibas a comprender lo que va a sucederme si no trabajo. Todo lo que tú representas ya no es importante para mi... ¡Sólo me interesa vencer la fatiga horrible de cada noche! ¡Ahora estoy perdido!

Loos se estremeció al oír aquellas palabras de labios de un hombre que había sido su compañero preferido en el Servicio; pero, venciendo el dolor que le causaba todo aquello, lo tranquilizó:

-No te preocupes, Fred. Tú no perderás nada. Te necesito, ¿no lo entiendes?

-¿De qué puedo servirte? Dentro de unas horas, la fatiga empezará y ni siquiera podré pensar.

-¿Lo puedes ahora?

-¡Claro! Todavía están en mi cuerpo y mi cerebro los efectos de la ducha de anoche.

Edward sacó el aparato que había cogido a Pryor.

-¿Conoces esto?

-No... ¿qué es?

-Una ducha que Preston llevaba consigo.

-¿Para qué me mientes, Loos?

-¡No te estoy mintiendo! Esa gente lleva su aparato de energía en el bolsillo, no son parias como vosotros. ¿Qué hacéis cuando estáis dentro de la ducha?

-Nada. Un calor agradable nos penetra en el pecho y...

-Está bien.

Había observado el aparato y visto que llevaba un botón rojo en uno de los lados. Apuntando con el foco a su amigo, en el pecho, oprimió dulcemente el botón, cesando de hacerlo a los pocos instantes.

-¿Ha ocurrido algo? -inquirió.

Pero su pregunta era obvia. La expresión de alegría que había aparecido en el rostro de Fred explicaba de una manera harto elocuente que el resultado de la experiencia había sido positivo.

-¡Tenías razón, Loos! -exclamó el otro-. ¡Es una ducha portátil! ¡Desátame! Te ayudaré en lo que quieras.

Edward obedeció y momentos después, tras haber entregado la ducha a su compañero, que la acariciaba como un tesoro:

-Vamos a ir hacia el campamento de esos bandidos. Ya te he dicho que he matado a Preston. Pero quedan los otros y el profesor.

-¿El profesor?

-Sí. Parece que es él quien ha montado todo este monstruoso asunto. ¿Tú no recuerdas lo que te pasó?

El otro frunció el entrecejo.

-Me sorprendieron en el depósito, Loos. Luego alguien me cogió por la espalda, ahogándome... después no recuerdo más. Cuando volví en mí, estaba junto a otros en una especie de ambulancia que me trajo al trabajo.

-¿Viste a Pat y a los suyos?

-Sí. Pat se acercó a mí, cuando estábamos en el Valle, para decirme que Callowan, Norton y tú no tardaríais en estar conmigo.

-A Norton lo han matado.

-¿Eh?

-Sí. Eso me dijo Pryor.

-¿Y tú lo has matado a él?

-Naturalmente. No podemos tener piedad alguna con ellos. Hay que acabar con todos de una manera que nadie pueda hacer experimentos y volverlos a la vida. Por eso le volé la cabeza de un disparo.

-Comprendo.

-Ahora tenemos que volver allí y cazarlos, sea como sea. Pero lo que más me interesa es cazar al profesor.

-¿Sabes dónde encontrarlo?

-He visto un edificio grande y muy bonito cerca del bungalow donde encontré a Preston: debe de vivir allí. ¿Vamos?

-Cuando quieras.

Loos había notado, con asombro, el cambio radical de su compañero. Y se preguntaba qué efectos maravillosos podría tener aquella dichosa «ducha» para acabar con la apatía de Fred y convertirle en alguien tan normal y decidido como lo era antes.

Con las mismas precauciones de la primera vez, volvieron al campamento de los bandidos. Y dejando a Fred vigilando desde los árboles, Loos volvió a echar una ojeada al bungalow, comprobando que seguía tan desierto como lo abandonó una hora antes.

El resto de la amplia glorieta que había allí tampoco ofrecía nada de particular.

Regresando al lado de su amigo:

-Hay que ir a esa casa. Penetraremos por la parte posterior.

-Vamos.

Sin dejar la densidad protectora de la zona de arboleda, los dos amigos consiguieron, marchando con todo cuidado, llegar hasta la parte posterior de la casa. Una pequeña puerta, que debía de ser utilizada por el servicio, estaba entreabierta, ofreciendo una magnífica entrada a los dos agentes.

Momentos después, decidiéndose, Loos y Fred entraron en lo que era una cocina supermoderna. Todo estaba en silencio, aunque se oía el murmullo de un aspirador que funcionaba en la parte delantera de la casa.

Avanzando por un pasillo débilmente iluminado, llegaron ante otra nueva puerta, a la que Loos se asomó un poco.

Un amplio salón, que se comunicaba con otro por medio de un arco, se extendía ante su vista. El ruido del aspirador era allí más intenso, lo que hacía creer que quien lo manejaba, un criado, debía de utilizarlo en el salón del fondo.

Loos descubrió una escalera a la derecha: una escalera estrecha, pero alfombrada con lujo.

Haciendo un gesto a su amigo, salieron ambos, empezando a ascender por la escalera que, después de un tramo recto, se convertía en un semicaracol ya sin alfombra, sustituida por escalones metálicos.

Procurando no hacer ningún ruido, los dos hombres prosiguieron la ascensión, viéndose detenidos, a su final, por una puerta estrecha. Con infinitas precauciones, Edward manejó el pomo, empujando suavemente la hoja. Sin ningún ruido, la puerta se abrió, descubriendo a los ojos del agente un inmenso laboratorio, lleno de complejos aparatos de todas formas y tamaños y cuya dimensión extensa se prolongaba a más de treinta metros de fondo.

Fue entonces cuando una voz imperiosa sonó a su derecha.

-¡Pasen, señores! Y cierren la puerta.

CAPÍTULO VIII



OOS obedeció, dejando pasar a Fred.

El no ver a la persona que le había hablado le impidió, por elemental precaución, sacar la pistola. Pero todos sus músculos se pusieron en tensión.

Cerró la puerta.

-¡Adelante, señores!

Avanzaron hasta que el agente descubrió al hombre que les había hablado. Estaba de pie, al lado de una mesa, llena de cachivaches y donde destacaba la forma audaz de un microscopio electrónico.

Loos vio que el hombre no tenía ninguna arma en sus manos desnudas, pero su mirada era tan poderosa como una pistola.

Hubo un momento de silencio. El hombre, con bata blanca, una enorme frente y unos cabellos níveos, en desorden, los miró detenidamente, con divertida curiosidad. Vio sus trajes destrozados, la suciedad de su cuerpo.

Y sonrió.

-En verdad -dijo, con voz tranquila- y aunque me esperaba que un día llegase esto, nunca estuve seguro de que ocurriese.

Y como los dos visitantes no dijesen nada continuó :

-Es la primera vez que dos de mis hombres se atreven a llegar aquí. Y no vayan a creer que esto me alarme; por el contrario, es para mí una excelente noticia, ya que esto demuestra que la voluntad no está tan apagada como yo he llegado a temer. Habrán pasado por las duchas primero, ¿verdad?

Edward, que empezaba a comprender algo, repuso:

-Sí.

-Lo comprendo. ¡Lástima que no funcionasen, ¿eh?! Pero todas las noches, después de utilizarlas, las cierro desde aquí. Así evito peligros que podrían, sí hubiese muchos casos como ustedes, plantearme serios problemas.

»Es completamente inútil, amigos míos, rebelarse contra mi poder. Para ustedes, soy el Amo, en el sentido más amplio que pueda darse a esa palabra. Y ponerse contra mí significa algo peor que la muerte... ya que ustedes, aún sin saberlo, han estado muertos.

Se había movido un poco hacia la izquierda, acercándose a una pared llena de controles.

Y Loos no fue lo bastante rápido para evitar aquel gesto que el profesor hizo, bajando una palanca a la que su mano había acariciado, con negligencia, momentos antes.

Cuando sacó la pistola, Fred ya se había desplomado, sin sentido, a su lado.

-¡Si toca otra palanca le mato! -amenazó al profesor.

Pero éste estaba realmente sorprendido y miraba a Loos con los ojos desmesuradamente abiertos.

-¡No es posible! -exclamó.

-¡No se mueva!

Poco a poco, el hombre de ciencia pareció serenarse, pero su entrecejo fruncido demostraba que seguía hondamente preocupado.

-No tema nada... no tocaré ningún aparato... ¿quién es usted?, ¿de dónde ha salido?

-¿Y eso qué importa?

-Mucho. Es imposible que usted sea uno de mis hombres... ¡Vea lo que le ha ocurrido a ése!

Y como Loos no dijese nada explicó:

-He suprimido la marcha eléctrica del «cardiocontractor» y ahora está como muerto.

-¡Procure reavivarlo si no quiere estar peor que él dentro de unos instantes!

-No se preocupe demasiado. Pronto lo haré revivir... ¡Mi poder es superior al de cualquier hombre! ¡Soy más que un hombre!

El agente se estremeció.

Se estaba dando cuenta de que se encontraba ante un demente: un hombre al que sus descubrimientos, que podían ser tan importantes como se quisiera, habían trastornado, llegando a que se creyese una especie de divinidad.

-Pero usted -prosiguió el sabio- ¿quién es?

Edward se había percatado de la importancia que su caso ofrecía al hombre de ciencia. Y comprendiendo perfectamente que podría torturarle mentalmente dijo:

-Uno como ése, profesor.

-¡Mentira! Usted no ha podido salir de mis laboratorios... ¡Usted no lleva un «cardiocontractor»!

-Eso es lo que usted cree. Se afianza a algo que no le da la seguridad de un triunfo... ¡Míreme! Llevo mucho tiempo trabajando en sus malditas minas, comiendo

como un cerdo y tomando las duchas cada noche (recordó las palabras de Fred), sintiendo ese agradable calorcillo en el pecho...

El profesor le miró con horror.

-¡No puede ser! ¡No puede ser!

-¿Por qué?

-Porque al apretar esa palanca he neutralizado toda la carga eléctrica que la última ducha puso en su «cardiocontractor». ¡Usted debía haber caído como su compañero!

-Es duro ver que se ha fracasado, ¿eh?

Los ojos del otro brillaron intensamente, como si algo se hubiera encendido en el interior de su alma.

-¡No he fracasado! -gritó-. ¡No he fracasado! ¡Al contrario, amigo mío! Si usted es uno de mis hombres y ha resistido la neutralización de la electricidad es que mi aparato se ha convertido en lo que iba persiguiendo... ¡en un corazón de verdad! ¡En un corazón que no es necesario cargar cada noche! ¡Soy un creador!

Había llegado el momento de frenar aquella euforia demencial.

Y Loos lo hizo, con palabras recias,

-No se haga ilusiones, profesor. Usted no es ningún creador, sino una pobre persona que destila megalomanía por todos sus poros. Voy a presentarme: Edward Loos, agente de la Spacial International Police, que he venido a detenerle, acusándole del grave crimen de lesa humanidad del que tendrá que dar cuenta ante los tribunales de la Tierra.

-Entonces... ¿usted no es uno de mis hombres?

-No. Llegué al Valle de los muertos, camuflándome entre esos millares de desgraciados que ha convertido usted en autómatas, en desdichadas criaturas, peor que animales...

-¡Eso no es verdad! ¡Yo estoy creando una humanidad nueva! ¡Una humanidad sumisa, obediente, que nunca planteará estúpidos problemas sociales y que podrá ser utilizada para que la civilización llegue donde debió de llegar hace mucho tiempo!

-¡Una humanidad de muñecos!

-No es cierto... Son hombres, como usted y como yo, pero están sometidos a la necesidad de ser alimentados de energía eléctrica cada noche. Yo he hecho posible que sus cuerpos se alimenten con una cantidad mínima de comida. Así, produciendo una anemia cerebral parcial, evito que piensen, dedicándose por completo al trabajo.

-¡Y convirtiéndolos en robots de carne y hueso!

-¡Eso es! ¿Podía soñarse con algo más maravilloso? Durante siglos, milenios podíamos decir, los hombres inteligentes, los directores de pueblos, han soñado con algo semejante. ¡Pero no podían lograrlo! ¿Por qué? Porque no podían impedir que sus súbditos pensasen, soñasen quimeras de rebeliones estúpidas. ¡Yo lo he conseguido! La humanidad que está brotando de mis manos será una humanidad dócil. Y sólo los preelegidos, los superiores, pensarán por ellos y para ellos. Gobernar los pueblos será cosa sencilla en extremo. Y sin el peligro de rebeliones, la civilización podrá orientarse por el camino de la ciencia.

-¡Está usted loco!

-Para su mente estrecha, para su cerebro elemental, mi grandeza es locura.

-¡No hay grandeza en su monstruosidad, sino ciencia diabólica! ¡Nadie puede torcer el destino del hombre!

-¡Paparruchas!

-¡Basta! ¡Queda usted detenido en nombre de la ley...!

Una sonrisa apareció en los labios del sabio.

Y entonces, a espaldas del agente, una voz se dejó oír:

-¡Tire la pistola y levante los brazos!

Loos obedeció.

Luego, al volverse, se sorprendió al ver una linda muchacha que le miraba con un odio tremendo. La joven tenía un rifle automático en la mano.

-¡Bravo, hijita! -exclamó el profesor.

Edward miró a la muchacha.

-Es imposible que usted pueda defender las locuras de su padre, señorita. ¿No le ha oído?

-Sí. Le he oído.

-¿Y no se ha dado cuenta de que no está en su sano juicio?

Ella palideció.

-¡Mi padre es un gran sabio! ¡El más grande de todos los tiempos! Y usted, al tratarlo de criminal; ha demostrado ser el verdadero loco.

-No es posible que piense así. Sus ojos están cargados de una inocencia y una pureza que no tendría por menos que rebelarse contra las monstruosidades que ha cometido este hombre. ¿Es que no se da cuenta de que ha robado a esos pobres desgraciados lo más preciado de la vida de un hombre? ¡Les ha quitado el alma, la libertad, el libre albedrío, la facultad de pensar! ¡Los ha convertido en desdichados esclavos, en algo que no puede concebirse sin pensar en lo infrahumano!

Dana dijo:

-¡Eso no es verdad!

Loos señaló el cuerpo de Fred.

-¡Mírele, señorita! Este hombre, como yo, era un agente de la Spacial International Police... Como todos nosotros, luchaba para que la ley, la ley de los hombres de buena voluntad, reinase sobre la Tierra y los planetas conquistados. Luchábamos y exponíamos nuestras vidas para que los hombres puedan vivir en la tranquilidad de sus hogares, para que puedan pensar y amar, para que puedan pensar y amar a sus hijos y a los hijos de sus hijos. ¿Es que ha olvidado todo lo que la humanidad sufrió para conseguir una paz y una vida dignas del rango humano?

»¡Fíjese en este hombre! Ha bastado que su padre bajase una palanca para que cayese, como una máquina a la que se ha suprimido su fuente de energía. Hace poco tiempo, antes de caer en las manos del profesor, era un joven fuerte, lleno de vida y de bondad, un hombre que tenia sus derechos y que sabía cumplir sus deberes. ¡Ahora no es más que un muñeco!

Se dio cuenta de que sus palabras habían hecho efecto. También lo notó el profesor, porque exclamó, colérico:

-¡No le hagas caso, Dana!

Pero la muchacha miró de una manera extraña a su padre.

-¿Es verdad eso, papá?

-¡No lo es! Este joven que yace en el suelo no es más que un ensayo, un principio del grandioso plan que estoy realizando... Ya sabes lo que son estas cosas, querida... hay que ensayar, probar, volver a hacerlo...

Los ojos de la muchacha estaban llenos de lágrimas.

-¡Pero ensayas en seres humanos, padre! ¡Juegas con vidas de hombres! ¿No te das cuenta de tu pecado?

-¡Este hombre te impide ver las cosas como son, Dana! ¡Mátale! ¡Dispara contra él, que quiere internar a tu padre, impedirme crear una nueva humanidad, ser el Amo del Mundo!

Ella le miró con horror.

-¡Papá! -exclamó, transida de dolor.

Dejó caer el rifle, ocultando el rostro entre sus manos. Loos, aprovechando la ocasión, recogió su pistola y tomó después el arma que había dejado caer la muchacha.

El profesor le miraba con odio incontenible.

-¡No podrá salir de aquí, señor policía! ¡Mis hombres se lo impedirán!

Y pulsó un botón, sobre la mesa.

-¡Ahora ya puede matarme! -dijo.

Pero Loos sabía que no podría hacerlo, y menos en presencia de la joven. Ésta, al oír hablar a su padre de aquella forma, descubrió su hermoso rostro, arrasado por las lágrimas.

-¡No le haga daño, señor!

-No tema. Yo no soy un asesino. Pero he de asegurarme de que no puede jugarnos una mala pasada.

Ató al profesor y lo colocó sobre un sillón, al fondo del laboratorio. Luego regresó junto a Fred, haciendo funcionar la ducha que el muchacho llevaba en el bolsillo.

Pero Irwing no se movió.

Seguido por la joven, se acercó nuevamente al profesor, que le miraba huraño.

-¿Qué he de hacer para volver en sí a mi amigo?

-Nada.

-¿Qué quiere usted decir?

-Que ha muerto.

-¿Eh?

-Sí. Al quitarle de golpe toda la energía eléctrica, su organismo ha dejado de existir.

-¡Canalla! ¿No podía haberle salvado?

El profesor no respondió.

-¿Qué ha hecho al apretar aquel botón?

-Dar la alarma. Pat y sus muchachos no tardarán en llegar. Vendrán armados y acabarán con usted, cosa que desean hace mucho tiempo.

-¡Eso lo veremos!

Un estrépito formidable, en el piso de abajo, le demostró que el profesor no había mentido.

¡Pat debía de haber tirado la puerta para entrar en la casa!

El cerebro de Loos se puso a trabajar a toda velocidad; luego, alejando a la joven del lado del profesor, al que amordazó fuertemente, habló con ella, exponiéndole su plan.

Dana le escuchó, afirmando con la cabeza.

-¿Comprende que es la única manera?

-Sí. Lo comprendo.

-¿Lo hará?

-No tengo más remedio.

* * *

Apretando el acelerador de su helirreactor al máximo, Callowan abandonó New City, lanzándose por el aire hacia el norte.

Ahora sabía dónde se hallaba la solución del problema.

Le había extrañado muchísimo el no haber tenido noticias de Norton y se imaginaba que ambos agentes habían caído, como los otros, en cumplimiento de su deber.

Una sorda rabia se había apoderado de él al saber la verdad, o casi toda. Y ahora, conduciendo su aparato, estaba dispuesto a vengar la muerte de sus agentes y castigar al culpable, al que ya había identificado.

Su visita al Departamento de Inmigración le había hecho conocer los nombres de todos los hombres de ciencia que habían llegado a Marte. El Catastro, por otra parte, le demostró que sólo uno, el profesor Lewis Dillon, no vivía en la ciudad, ni formaba parte de ninguna sociedad científica, habiéndose retirado lejos de New City, hacia el norte, para dedicarse a la explotación de unos terrenos auríferos que había comprado al llegar al planeta.

Estudios posteriores, en los correspondientes organismos, le dieron detalles igualmente interesantes, haciéndole saber que el profesor no tenía obreros y que la producción declarada era muy elevada.

¿Cómo podía arreglárselas?

Allí había, sin duda alguna, un misterio que había pasado desapercibido a los organismos de Marte, que se limitaban a un control superficial de muchas cosas: con tal de que Dillon pagase sus impuestos y sobornase a algunos departamentos, lo demás no les importaba.

Era el eterno pecado de la burocracia.

Todavía estaba lejos de saber lo que el profesor había hecho en realidad, pero empezaba a sospecharlo.

No obstante, algunas preguntas quedaban sin contestar y una de las cosas que no acertaba a explicarse era la relación entre el sabio y Pat y su pandilla de asesinos.

¿Se habían conocido antes?

Debía de ser así, ya que el profesor era la única persona, él o sus cómplices, capaz de arriesgarse a robar los cuerpos de los condenados al salir de la cámara electrónica de Sing-Sing.

De no haber sido amigos antes, la explicación no era posible.

Sin embargo, repasando los datos biográficos del profesor, Donald se había asombrado al notar que, durante su estancia en la Tierra, había permanecido alejado del mundo, trabajando en varios laboratorios de biología, pero sin que por ninguna parte apareciese algo que demostrase, al menos parcialmente, que había mantenido relación con gente de la clase de Pat y los suyos.

Cuando, después de una hora de viaje, a toda velocidad, llegó sobre las instalaciones residenciales del profesor, no vio a nadie por allí. Descendiendo un poco, descubrió las torres de vigilancia, comprobando que estaban vacías.

¿Qué había ocurrido?

No tenía tiempo que perder en conjeturas ni hipótesis y después de convencerse de que no había peligro visible, hizo que el aparato descendiese en la glorieta que había entre las construcciones y a menos de cien metros de una casa de aspecto señorial.

Bajó del aparato, con la pistola ametralladora en la mano, observando atentamente los alrededores.

Fue entonces cuando oyó unas detonaciones en el interior de la casa.

Corrió hacia allá.

CAPÍTULO IX



OOS se colocó en un ángulo del enorme laboratorio, ocultándose junto al profesor, desde donde, a través de una estantería repleta de frascos y matraces, podía ver a la muchacha, que estaba de pie, junto al muro. Los pasos de los asaltantes se oyeron en la escalera.

Era evidente que habían recorrido la totalidad de la casa y que sólo después de comprobar que estaba completamente vacía, subieron al laboratorio.

Un golpe formidable y la puerta saltó de sus goznes.

Entraron, armados hasta los dientes. Pat iba a la cabeza y su gesto homicida se detuvo al ver a la muchacha.

-¡Señorita Dana! ¿Qué ocurre?

-Mi padre...

-¿Le ha pasado algo?

-Un agente de la SIP le ha detenido.

-¿Dónde está?

-Ha salido, por esa misma puerta, tomando una salida secreta.

-¡Vamos!

-Un momento -la joven sonreía haciendo un tremendo esfuerzo de voluntad para lograrlo-. Mi padre me ha dicho que no tema nada.

-No comprendo.

-Lleva un aparato consigo, que causará la muerte de ese policía en cuanto él lo desee.

-Entonces, ¿por qué sonó la alarma?

-Porque no estaba seguro de poder dominarlo. Además, deseaba que ustedes me protegiesen.

Pat sonrió halagado.

-Me basto yo para hacerlo...

-Ya lo sé.

La respuesta de la joven hizo sonreír al bandido.

-Me alegro mucho de que lo sepa todo, señorita. La verdad es que lo sospeché desde un principio.

-¿A qué se refiere?

-A los planes de su padre. ¡Es un hombre formidable! Quiere, cuando tengamos suficiente oro, lanzarse a la conquista del Sistema. Y me ha prometido convertirme en el jefe de sus ejércitos. ¿Comprende usted? ¡Hombres que pelearán como fieras, sabiendo que han de hacerlo si quieren recibir la ducha cada noche! ¿No es maravilloso?

-Lo es.

Desde su escondrijo, Loos notó la palidez mortal que cubría el rostro de la muchacha.

Pat, sin saberlo, estaba descubriendo las intenciones verdaderas del profesor, sus locas ambiciones. Y todo el amor que la joven sentía hacia su padre se estaba convirtiendo en el horror que se iba reflejando en su expresión.

Por un momento, el agente temió que ella olvidase lo que le había prometido.

Si tal cosa ocurría, no habría salvación para nadie.

-Hay algo -dijo Pat- que deseaba decirle hace mucho tiempo.

-¿De qué se trata?

-De que entre mis proyectos entra usted, Dana...

Ella se estremeció y Loos se dio cuenta de que una sensación de peligro y de asco se apoderaba de la muchacha.

-¿Qué me contesta?

Haciendo un poderoso esfuerzo, ella sonrió. Su mano se posó sobre la pared, junto a la palanca.

-No me desagrada mucho...

-¡Preciosa! -exclamó él.

Y, en aquel instante, la mano de Dana bajó la palanca.

Fue un espectáculo inolvidable.

De repente, todos los presentes, los miembros de la banda de Pat y los vigilantes de las torretas y puertas que habían abandonado sus puestos para seguir al bandido, cayeron como muñecos desarticulados, desplomándose los unos sobre los otros.

Dana se cubrió el rostro con las manos.

Saliendo de su escondite, Loos corría hacia ella.

-¡Serénese, por favor!

-¡Los he matado! ¡Los he matado! -repetía-. ¡Soy una asesina!

-Cálmese, Dana... estaban muertos ya.

Ella le miró, con los ojos arrasados de lágrimas.

-¡Es espantoso! -exclamó.

Y fue en aquel momento cuando una voz recia, con acento tonante, sonó en la puerta:

-¡Arriba las manos todo el mundo!

Loos se volvió, viendo a Donald que, extrañado, miraba el montón de cuerpos inmóviles.

Al reconocer a su agente exclamó:

-¡Pero si es Edward Loos! ¡Muchacho!

La alegría rebosaba en el corazón del agente.

-¡Señor Callowan!

-Ya veo que llego un poco tarde.

-¿Viene solo?

-Sí, pero hay doscientos policías que corren hacia aquí y que no tardarán en llegar. No podía yo venir con ellos. Me estaba muriendo de impaciencia. ¿Y quién es esta señorita? Aunque adivino que se trata de Dana Dillon.

Loos se asombró.

-¿Cómo? ¿La conoce?

-Sí. ¿Y el profesor?

-Está allí, al fondo.

Callowan, seguido por los dos jóvenes, se dirigió al lugar donde se encontraba Lewis Dillon y le quitó la mordaza.

Los dos hombres se miraron fijamente.

Nadie supo lo que aquella mirada significó para ambos. Pero Callowan conocía muy bien a los hombres. Y una sonrisa triste se pintó en su rostro.

Volviéndose a los jóvenes, dijo:

-Vayan a abrir las puertas a la policía, por favor.

Le obedecieron.

Donald desató al viejo hombre de ciencia, que parecía más viejo que nunca. Luego le entregó un cigarrillo, encendiéndoselo, ya que las manos del sabio temblaban tremendamente.

-Gracias -dijo Dillon.

Donald encendió el suyo, alargando el brazo para coger una silla en la que se sentó a horcajadas.

-Usted se ha dado cuenta de lo que le pedía -dijo el profesor.

-Ha sido fácil comprenderlo. ¿Cómo llegó a esta locura?

El otro tardó en contestar. Luego empezó diciendo:

-Hace muchos años estudiaba yo el funcionamiento del corazón humano.

»Todo el mundo sabe que el corazón, después de todo, no es más que una bomba aspirante e impelente, regida, en sus movimientos, por un sistema eléctrico de gran complejidad y que no voy a explicar ahora. Lo importante es que vi allí una oportunidad para poder imitarlo... en cierto modo.

-¿Lo logró?

-Sí. Fabriqué un corazón artificial, en material plástico y dotado de un sistema eléctrico semejante al del corazón humano. Lo llamé «cardiocontractor».

-Comprendo.

-Pero en seguida vi que no podía llegar a imitar el corazón del hombre.

-¿Por qué?

-Porque la energía eléctrica que hace que el corazón humano se mueva procede de algo tan fundamental como la vida misma. Es como un círculo cerrado: el corazón cesa de latir, la vida se va. Cesa la vida y el corazón se detiene. ¿Lo comprende?

-Sí.

-Yo no podía hacer que mi corazón artificial sacase su energía de la vida misma... porque al extraer la víscera a mis pacientes, éstos ya habían muerto.

»Por eso tuve que dotar a mi «cardiocontractor» de una reserva de electricidad, un acumulador minúsculo, capaz de proporcionar los impulsos bioeléctricos durante todo un día.

-Entiendo.

-De esta forma, yo debía proporcionar al «cardiocontractor» energía eléctrica cada doce horas. Es lo que mis hombres llaman la «ducha». De esa forma reponía la energía agotada del acumulador.

-Pero... ¿usted logró dar vida a Pat y los suyos?

El profesor sonrió tristemente.

-Eso fue aparentemente. La cámara electrónica mata de una manera que deja todo el resto del cuerpo vivo... en cierto modo; es algo así como un colapso. Naturalmente, si no se actúa con rapidez, la muerte tisular sobreviene y ya no se puede hacer nada. En realidad, todos mis trabajos se han basado en esa clase de muerte. Aquí, en Marte, yo proporcionaba unas inyecciones que provocaban un colapso semejante al producido en la cámara electrónica.

»Los enfermeros escogían sus víctimas y, en aparente forma de cadáveres, los trasladaban aquí, a mi laboratorio.

-¿Qué hacía usted después?

-Operarles, quitándoles el corazón y colocando en su sitio mi «cardiocontractor». Inmediatamente y merced a los impulsos del acumulador, el cuerpo volvía a la vida... que en realidad no había dejado nunca.

-¿No habría sido mas fácil reanimar el corazón?

Hubo una pausa.

Después dijo:

-Es posible... pero eso no entraba en mis planes.

-¿Qué deseaba usted obtener?

-Algo nuevo. Seres humanos que dependiesen enteramente de mí: una humanidad obediente y sumisa. Con el «cardiocontractor» todo eso era posible, ya que mi aparato se limitaba a hacer correr la sangre, por venas y arterias, pero no con la energía que produce el corazón natural.

»De ahí se derivaban ciertas anemias, sobre todo cerebrales, que impedían que mis pacientes pudiesen pensar. De esta manera, se concentraban solamente en el trabajo físico, que iba agotando la energía del acumulador. Luego, por la noche, en la célebre ducha, volvían a ganar las energías suficientes para otra jornada de labor.

-Muy curioso; pero, si mal no recuerdo, usted estaba en Marte cuando los cadáveres de Pat y los suyos desaparecieron.

-Sí. Yo envié un grupo de hombres a por ellos. No los conocía más que de nombre y había sabido por la televisión que iban a ser ejecutados. Pensé que eran hombres de temple que yo necesitaba para guardarme de los curiosos que se acercasen por aquí.

»Envié un grupo de hombres que se apoderaron de los cuerpos, encerrándolos en cajas en las que había una temperatura bajísima, lo que los protegió, por medio de la hibernación, hasta que fueron traídos aquí.

-Comprendo. Usted me ha hablado de la ducha esa en la que se recuperan energías cada doce horas... ¿Cómo fue que mataron a uno de mis agentes en Miami? El viaje suele durar tres o cuatro días.

-Pat y sus hombres, que eran los de mi confianza, llevaban su ducha portátil: un potente generador que les proporcionaba la energía que necesitaban.

-Aclarado. Y esos hombres, ¿qué será de ellos?

-Sin energía no pueden vivir.

-¿Llama usted vida a esa manera de existir?

-No lo es, pero para mí era lo que deseaba.

-¿Y ahora?

-No lo sé.

-¿No hay manera de reintegrarlos a la sociedad?

-¡Imposible! No podrán pensar nunca, ya que el acumulador no puede aumentar de capacidad. Se han convertido en máquinas y lo serán siempre... Es decir, morirán.

-¿Por qué?

-Porque nunca más pondré las duchas en marcha: estoy decidido.

Donald comprendió que el arrepentimiento había empezado a llegar al corazón de aquel hombre.

-¿Y su hija?

Los ojos del profesor se humedecieron.

-Eso es lo más espantoso de todo... ¡He sido un pobre loco!

-Comprenderá todo el daño que va a hacerle. El juicio, la condena, la ejecución. El otro bajó la cabeza.

-Lo sé.

-Ella no sabía nada, ¿verdad?

-Nada. Me creía un gran hombre, ¡pobrecilla! Hoy, su agente, le ha aclarado las ideas.

-Lo sé. Pero quisiera saber algo.

-Diga...

-¿Por qué atacaba usted a mis hombres?

-Yo no los atacaba, señor Callowan. Fue Pat quien me impuso el hacerlo; es decir, yo le di campo libre para que realizase lo que él llamaba su venganza.

-Entiendo.

Hubo una larga pausa.

Y, de nuevo, los dos hombres se miraron, hundiéndose en las almas de uno y de otro, en medio de un silencio sobrecogedor.

-¿Está seguro de que no hay salvación para esos desdichados, profesor?

-Tan seguro como que no la hay para mí.

Una nueva pausa.

Después, Donald dijo:

-No hace falta que me diga lo que desea hacer... Y, aunque le parezca extraño, voy a aceptarlo.

Se puso en pie.

-Adiós, profesor. Que Dios le perdone.

-Adiós, señor Callowan. ¡Cuide de Dana!

Donald sonrió.

-Creo que ha encontrado a alguien que se ocupará de ella. Ya es hora de que dejemos tranquilo al pobre Loos...

Y se alejó, cerrando la puerta del laboratorio.

Una vez fuera de la casa, se dirigió hacia la salida de la instalación, llegando justamente cuando los coches de la policía marciana se detenían ante los dos jóvenes.

Loos y Dana, al verle, se acercaron a él.

-¿Y mi padre? -inquirió ella.

-Se ha quedado ahí dentro, señorita. Intenta arreglarlo todo.

-¿De verdad que no le ha ocurrido nada?

-De verdad.

Y después de una pausa, evitando la inquisitiva mirada que le dirigía Loos propuso:

-¡Regresemos a New City! Ya no tenemos que hacer nada aquí.

Dio órdenes al jefe de policía y la caravana, con ellos a bordo, se volvió hacia la ciudad.

El sol declinaba y las primeras sombras aparecían ya bajo los árboles que el deseo de recordar el planeta de origen había hecho que los hombres los llevasen a Marte.

Aquella vez, por única ocasión, Donald no sintió ganas de encender un habano, como solía hacer cuando concluía un asunto. ¡Y lo merecía!

E P Í L O G O

Por hileras, cabizbajos y tristes, los hombres del Valle de los Muertos regresaban del trabajo.

El sol se había ocultado por completo y una oscuridad, al principio color ceniza, cayó sobre la tierra.

Poco a poco, llegaron a la plazoleta, recibiendo la ración de manos de los que, saliendo una hora antes, habían preparado la bazofia que devoraban cada día.

Luego esperaron.

Pero, en contra de sus deseos, la sirena no sonó, llamándolos a la bienhechora ducha. Y el tiempo, un tiempo angustiosamente largo para aquellos desdichados, fue pasando.

Hasta que estalló la revuelta.

Podían privarles de alimentos, darles de palos, doblar el trabajo que debían realizar, pero no podían pasarse sin la ducha, ya que en ella residía el placer de notar que la vida volvía a sus cuerpos casi completamente agotados.

La cólera los dominó.

Hubo muchos que penetraron ruidosamente en las instalaciones, descubriendo que la corriente no pasaba.

Lo destrozaron todo y al ver que no había solución a su horroroso problema, algunos de ellos, que habían realizado trabajos de jardinería en las proximidades de la casa del profesor, convencieron a los demás que allí había energía para todos.

Mientras avanzaban en masa hacia la casa del profesor, soñaban con una verdadera borrachera de energía, complaciéndose por anticipado del placer que iban a experimentar, a medida que aquel calorcillo vivificador, agradable, les fuese penetrando en el pecho...

Fue una oleada humana la que se precipitó hacia la casa.

* * *

El profesor, en su laboratorio, después de haber destruido todos los aparatos y planos y apagado para siempre la fuente de energía que suministraba fuerza a las duchas, vio llegar la noche.

Se sentó en un sillón.

Un poco más tarde, una especie de bramido llegó hasta él.

Era el rugido de miles de gargantas coléricas. Y, sin necesidad de acercarse a la ventana, se imaginó a los hombres, en la oscuridad, con sus pupilas brillantes, sus rostros pálidos, sus puños cerrados...

El rugido, como un trueno, fue acercándose, hasta que irrumpió en la casa, que fue recorrida en todas direcciones.

Luego...

Al oír que subían por la escalera del laboratorio, empujándose los unos a los otros, presas de una furia inaudita, Lewis Dillon cerró los ojos y una sonrisa triste asomó tímidamente a sus labios...

